

Estudio de la traducción de referentes culturales, específicamente los que reflejan la época, en los capítulos 1 al 12 de la novela histórica *Daughters of Night* escrita por la autora Laura Shepherd-Robinson.

Trabajo final para optar al Título de Traductor e Intérprete

Inglés - Español

Jeanine Aedo Olmos

Camila Llauco Cortés

Jenny Ramírez Troncoso

Profesor guía: Mg. Vanessa Sarmiento Jarpa

Valparaíso, Chile

2021

“Mutato nomine de te fabula narrator. Change but
the name and the tale is told of you.”

Laura Shepherd-Robinson, Blood & Sugar

Índice

Índice.....	1
Agradecimientos	3
Capítulo I: Traducción de los capítulos 1 al 12 de <i>Daughters of Night</i>	4
Capítulo uno.....	5
Capítulo dos.....	9
Capítulo tres.....	14
Pamela.....	23
Capítulo cuatro.....	27
Capítulo cinco	32
Capítulo seis	36
Capítulo siete	43
Pamela.....	53
Capítulo ocho.....	58
Capítulo nueve.....	67
Capítulo diez	73
Capítulo once.....	78
Capítulo doce.....	83
Capítulo II: Trabajo de investigación.....	89
Resumen.....	90
Abstract	90
2.Sobre la autora del libro	92
3.Objeto de estudio.....	93
4.Objetivos de la investigación.....	93
5. Marco teórico	94
5.1 Traducción	94
5.2 Traducción literaria	95
5.3 Competencias del traductor literario	96
5.4 Novela histórica	99
5.5 Cultura	100

5.6 Referente cultural	101
5.7 Categorización de los referentes culturales.....	103
5.8 Técnicas de traducción	107
6. Metodología.....	109
6.1 Metodología de la investigación para la traducción de los referentes culturales.....	109
6.2 Metodología del trabajo de investigación.....	112
7. Corpus	113
8. Resultados y conclusiones.....	116
8.1 Aspectos generales.....	116
8.2 Resultados del corpus	120
8.3 Reflexiones finales	123
9. Bibliografía	124
10. Bibliografía de consultas	126

Índice de tablas

Tabla 1. Niveles de adquisición de la competencia documental del traductor	96
Tabla 2. Categorías para el análisis de los referentes culturales en la traducción de textos literarios.....	105
Tabla 3. Áreas de las distintas categorías presentes en el corpus	120

Índice de figuras

Figura 1. Categoría de los referentes culturales.....	116
Figura 2. Áreas de la categoría Universo social	118
Figura 3. Áreas de la categoría Cultura material	119
Figura 4. Técnicas de traducción en los ejemplos del corpus	122

Agradecimientos

En primer lugar, queremos agradecer a nuestras familias por el apoyo que nos han brindado a lo largo de los años para poder terminar nuestra carrera. También queremos dar las gracias a nuestros amigos, amigas y parejas por estar con nosotras en este proceso tan importante para nuestras vidas y por recordarnos siempre que debemos creer en nuestras capacidades y en nosotras mismas.

Además, queremos dar las gracias a nuestras mascotas ya que son parte de nuestra familia, porque sin que lo sepan nos han ayudado a sobrellevar el término de esta etapa en un contexto de pandemia mundial; su incondicionalidad y amor han sido indispensable.

También estamos muy agradecidas de todos los profesores y profesoras que fueron parte de nuestra formación académica, pues de todos ellos nos llevamos enseñanzas y experiencias. Gracias por todo.

Last but not least, queremos agradecer a nuestra profesora guía, Vanessa Sarmiento, por todo el apoyo; por darnos consejos; por creer y confiar en nosotras y en nuestro trabajo. Gracias por recorrer con nosotras un Londres del siglo XVIII.

Jeanine Aedo Olmos
Camila Llauco Cortés
Jenny Ramírez Troncoso

**Capítulo I: Traducción de los capítulos 1 al 12 de
*Daughters of Night***

Hijas de la Noche

Capítulo uno

EN LAS MANOS EQUIVOCADAS un secreto es un arma.

Caroline Corsham era consciente del peligro y de la vulnerabilidad de su posición, no había pensado en nada más desde el desastre de la noche anterior. Sin embargo, ahora que se conocía la verdad, su secreto revelado, el cuchillo afilado, ¿qué opción tenía, además de creer? *Había que probar suerte. Quién no arriesga, no gana.* Estas banalidades la impulsaron. *Dios dame fuerzas.*

Debido a que las náuseas iban en aumento, Caro sacó de su pastillero esmaltado un jengibre confitado que se llevó a la boca. La muselina, el encaje y el brocado la rodeaban por todos lados, como también los tonos pasteles de las pelucas y los guantes de piel de cabritilla; los botones con joyas brillaban en los chalecos bordados y las hebillas de plata resplandecían a la luz de miles de velas de cera de abejas, las que llenaban la cúpula de la Rotonda con su aroma a miel. Era la noche inaugural de la exposición de escenas clásicas de Jacobus Agnetti y la mitad de la sociedad londinense había asistido por el hombre desaliñado. De manera distraída, Caro saludó a aquellos que conocía: aliados de su marido en la Cámara de los Comunes; clientes del Banco Craven; bellezas rivales, viudas atentas y señores que las admiraban. Sus risas eran chillonas, sus caras rosadas se combinaban para formar una mancha de complacencia. *Sonríen para enseñar los dientes, antes de destrozarle.*

Un joven barón le explicaba algunos aspectos técnicos de los cuadros, aunque dudaba que él haya tomado un pincel alguna vez en su vida. Al contemplar alrededor de la Rotonda, los lienzos la rodeaban en un espectáculo sin fin y sangriento. Hombres con yelmos matándose unos a otros, matando monstruos y matando mujeres. La violación de Lucrecia. Medea matando a sus pequeños hijos. Así es como la historia recuerda a la mujer, pensó, por nuestras muertes, deshonras o pecados.

Su piel estaba caliente como Hades y sus miedos le reclamaban como un coro griego. Miró el reloj en la pared de la Rotonda.

Era hora.

Afuera, la música había aumentado el ritmo mientras caía la noche. Frente a Caro se extendía una tierra de fantasía: diez mil luces adornaban los árboles, las cabinas de cena y el pabellón chino. Los Jardines de Vauxhall estaban repletos, incluso para una cálida noche de agosto, damas y caballeros deambulaban por las alamedas bajo las estrellas. Caro cubrió su cabello recogido con la capucha de su capa, hecha de piel de cibelina, y caminó por uno de los senderos perimetrales de los jardines, donde el satén azul verdoso y la ausencia de sirvientes llamarían menos la atención.

El aire estaba impregnado con los aromas del Vauxhall: embriagadores perfumes de flores, tartas calientes y pólvora. Los fuegos artificiales sorprendieron como si fueran disparos de pistola, en los rostros de los fiesteros destellaban el verde, rojo y dorado. Un grupo de jóvenes con máscaras de carnaval se tambaleaban junto a una estatua de Venus. Intentaron impedirle el paso ofreciéndole vino, pero ella se apresuró a seguir adelante.

El camino se oscurecía a medida que se adentraba en la profundidad de los jardines. Las parejas se reían tontamente en las sombras: jovencitos seducían a vendedoras para que se desprendieran de su dudosa virtud; empleados y aprendices caían en las garras de las putas del Vauxhall. Para la propia Caro esta parte de los jardines no le era desconocida. Puede que Dios lo vea todo, pero los esposos no, sobre todo cuando se quedan una temporada en Francia y descuidan a sus esposas e hijos. Sin embargo, su pulso era irregular, todos los peligros se intensificaban ahora y cualquiera que la viera en este lugar pensaría que iba a encontrarse con un amante.

La niebla en forma de espiral que estaba sobre el río se movía hacia ella y los fuegos artificiales retumbaban como salvas de cañón. A ambos lados, los árboles se amontonaban, el camino estaba desierto. Caro giró hacia el Paseo Oscuro, el que se extendía a lo largo del muro este de los jardines, casi chocando con un hombre que venía

en el sentido contrario. Gritó horrorizada, retrocediendo. Dos ojos saltones se asomaban por encima de un largo y grotesco pico, un sombrero de ala ancha fundía en las sombras el resto del rostro. Caro se apoyó en los árboles, media paralizada por el miedo, pero el hombre con la máscara pasó por el lado de ella sin decir nada.

Un poco afectada por el incidente, reunió fuerzas para seguir adelante. Junto al muro de los jardines estaban las glorietas: una docena o más de pequeños aposentos insertos en la vegetación e invisibles desde el camino. Una suave risa se escuchaba en el aire y una voz murmuraba sutiles palabras de amor. Las personas colgaban sombreros o ataban pañuelos en las lámparas fuera de cada glorieta. Caro buscó la señal acordada: una pluma de avestruz. Al verla atada a una lámpara más adelante, echó un vistazo alrededor. La situación se volvía cada vez más riesgosa, pero había llegado demasiado lejos para volver atrás.

Al dirigirse a toda prisa a la glorieta se detuvo en seco. Una lámpara, una banca de piedra y sauces agitándose en la brisa, estas eran las cosas que esperaba ver, no a una mujer tendida en el piso, su cuerpo estaba encogido en posición fetal, el petillo de su vestido rosado estaba manchado de un impactante rojo oscuro. Una de sus manos enguantada, presionaba una herida en su cuello, la otra yacía sin fuerzas junto a un documento ensangrentado en el suelo. Caro se le quedó mirando fijamente, confusa, casi esperando a que la mujer se levantara y se riera de la broma. Era como si hubiera entrado en una de las obras de Jacobus Agnetti.

La mujer se quejó, era un sonido crudo e inhumano, y más detalles se alojaron en la mente de Caro: sangre en el pelo castaño de la víctima; un zapato puesto y el otro no, su rostro pálido, tan extraño y familiar a la vez. *¡Oh, Dios mío! ¡Oh no! ¡Lucia!*

Siguió mirando fijamente la boca desfigurada de Lucia, a la sangre, mucha sangre. *No te quedes ahí parada. Tienes que ayudarla. Muévete.* Al ponerse de rodillas, el suelo estaba húmedo con la sangre debajo de ellas, luego se quitó la capa mientras más sangre fluía desde varias heridas profundas y oscuras en el estómago de Lucia. Caro intentó detener el flujo, pero su capa pronto se hizo pesada y se empapó en sus manos. “¿Quién te hizo esto?”, gritó con impotencia, “¿quién lo hizo?”

Los dedos de Lucia encontraron los de ella, miró a Caro como si estuviera lejos.
Sus labios se abrieron y pronunció las palabras en un susurro: "Él lo sabe".

Capítulo dos

MÁRCHATE Y hazlo de verdad.

Peregrine Child se levantó de la mesa y cruzó la taberna. Sus ojos se enfocaron en las tablas del piso cubiertas de aserrín, contaba los segundos mientras caminaba. Uno . . . dos . . . tres . . .

“Trece guineas”, dijo Jenny Wren.

Mejor que quince, pero sigue siendo demasiado. Child se detuvo, pero no giró. “El reloj sólo cuesta veinte. Mi cliente podría comprarse uno nuevo”.

“Siete guineas es mucho dinero, Perry”.

En ese momento, Child giró, pero sólo para que ella pudiera ver la seriedad de su propósito.

“No para él. Si le digo que costó trece guineas, se va a reír en mi cara. Está en juego el orgullo. Le robaron”.

Jenny frunció el ceño y un lunar se tambaleó en su mejilla como una verruga en una rana. Su peluca tenía sesenta centímetros de altura y estaba empolvada con delicados tonos violeta; un lugar conveniente para artículos robados supuso Child. Dos de sus muchachos de cabello enredado se sentaron al lado de ella, igualando la mirada de Child. En cualquier otro lugar, destacarían como villanos de aspecto singular, pero ahí en el Red Lion, los clientes eran todos del mismo tipo. El lugar había sido una taberna de los ladrones por más tiempo de lo que se podría recordar: una madriguera de cuartos sucios, trampillas escondidas y rutas de escapes secretas. El olor desagradable del Río Fleet impregnaba las paredes de yeso agrietadas.

“Te diré lo que es un robo”, dijo Jenny. “Diez guineas”.

“Once guineas, aunque me duele pagarlas, Jenny”.

“Para cuando le pague al sujeto que le robó a tu cliente, quedará una mierda para mí. Un poco de buena voluntad, Perry, es todo lo que pido”.

Ambos sabían que no había sujeto. Jenny conocía la ubicación del reloj porque ella misma lo había robado, probablemente en el transcurso en el que desvestía a su cliente. Aun así, la negociación con los ladrones era mucho menos ardua que arrestarlos y la única garantía de recuperar las pertenencias de sus clientes.

Cuatro . . . cinco . . . seis . . . Child llegó a las escaleras de la taberna y comenzó a bajar.

“Doce”, Jenny alzó la voz.

“Una por cada discípulo”. Child ya estaba retrocediendo para estrechar su mano.

“Esto es *voluntatem dei*, Jenny. La voluntad de Dios”.

Child debió dejar las cosas hasta ahí. Después de haberle pagado a Jenny, debió haber terminado su comida, pagar la cuenta e ir en busca de su cliente. Márchate y hazlo de verdad. En cambio, prefirió celebrar.

Cuatro horas después, todavía estaba festejando, había reunido un pequeño grupo de admiradores, ansiosos por ser parte de su buena fortuna.

“¿Es verdad que solías ser un magistrado?”, alguien preguntó, observando la vieja peluca de Child con una sonrisa de satisfacción. Era larga y llena de gruesos rulos que parecían salchichas. No era capaz de reemplazarla, a pesar de que había visto tiempos mejores.

“Si te hubiera conocido en mis días de Deptford”, le dijo Child, “te habrías arrastrado desde la capilla a la iglesia, rogando para que Peregrine Child no se fijara en ti”.

“Entonces, ¿qué pasó?” El villano que hacía estas preguntas tenía solo una ceja de color café que pasaba por el puente de su nariz, y un diente de color similar.

“Política”, dijo Child, tratando de ocultar la amargura en su voz. “El alcalde perdió la reelección y el tipo nuevo tenía a otra persona en mente para mi puesto”.

Lo cierto es que fue un poco más complicado que eso. La elección se volvió desagradable debido a las acusaciones de trucos sucios. Putas y vagabundos constantemente interrumpían las reuniones del oponente del alcalde, porque alguien les había dicho que se repartía gin gratis. Además, los negocios de importación del oponente habían recibido un número de inspecciones increíblemente alto por parte de la aduana, algo que Child no negó. Por otro lado, las urnas electorales desaparecidas que se encontraron debajo de un seto no tenían nada que ver con él, pero eso no evitó que lo culparan. La primera acción del nuevo alcalde, al asumir el cargo, fue la de destituir a Child como magistrado. Lo segundo fue emitir un decreto no escrito: nadie iba a ofrecerle trabajo a Child, nadie iba a contratar sus servicios; incluso sus tabernas favoritas le habían prohibido la entrada.

“Magistrados”. El villano escupió en la mesa una flema viscosa. “Ser cazarrecompensas es una mejora en el mundo para mi”

Para ti solamente, pensó Child con amargura, era suficiente para hacer llorar a un hombre. En Deptford había tenido posición social y respeto, sin mencionar un flujo de ingresos estable, la mayoría honestos. Ahora estaba limitado a buscar bienes robados, arrestar a ladrones sueltos que le hacían perder la paciencia y pasar demasiado tiempo en tabernas de mala muerte como el Red Lion.

El cantinero volvió trayendo otra jarra. Mientras la dejaba encima, Child sintió la mano del muchacho deslizarse por su abrigo azul desgastado, en busca de su monedero. Se movió rápido para ser un hombre de cuarenta y cinco años, sobre todo para alguien con una barriga como la de él. Su puño hizo contacto con el cráneo, golpeando al chico contra la pared. Mientras se deslizaba por ella, la gente se reía.

Child sacudió la cabeza con tristeza, “si fuera tú, muchacho, elegiría otra vocación o vas a terminar en la sogá del verdugo”.

El chico se frotó la oreja con el orgullo claramente herido, “pensé que estabas borracho, ¿no?”

“Puede que lo esté”, dijo Child, “pero tengo treinta años de práctica. Diligencia en lo que haces, esa es la clave”.

Una hora más tarde, la luz de la luna bañaba de un resplandor plateado los adoquines resbaladizos de las calles en la zona de Fleetside. Child salió del Red Lion, satisfecho sin estar pendiente de su alrededor, directo a los brazos de Finn Daley y dos de sus secuaces de cuello grueso. Child buscó su pistola de chispa, pero uno de ellos lo golpeó en el estómago, dejándolo sin aliento. Lo arrastraron al límite de la zona, agarrándolo de los brazos y empujándolo hacia adelante, de esa manera se inclinaba peligrosamente sobre las aguas turbias.

Daley era un enano musculoso que tenía la cara con hoyuelos como un tablero de *cribbage*, se acercó a Child para que pudiera oler su aliento a tabaco. “¿Sabes nadar, Perry?”, preguntó, en su suave acento de Dublín.

Estirando su cuello, Child miró a la calle en busca de ayuda, pero este era un distrito de ladrones y la gente se apresuraba al pasar.

“Soy de Deptford”, exclamó. “Por supuesto que sé nadar, ¡maldita sea!”

Daley sacó un hacha del interior de su abrigo. “Sin brazos no puedes”.

“Espera”, gritó Child. “Pronto tendré tu dinero. Hablo en serio. Lo tendré”.

Daley sonrió. “Ya he escuchado eso antes, Perry, y es agotador”.

Las mentiras de Child surgían una tras otra. “Estoy trabajando en algo por lo que me pagarán cincuenta guineas y a ti solo te debo cuarenta. La próxima semana tendrás tu parte. Maldición, Daley. Lo juro”.

“¿Qué tipo de trabajo?”

“Algo particular. Solo dame una semana y el dinero es tuyo. La única razón por la que no he ido a verte es porque he estado demasiado ocupado”.

De a poco se podía ver la duda en la cara de Daley. La mano que sostenía el hacha se contrajo, pero al final del día era un hombre de negocios y la razón le gana al corazón.

“Siete días”, dijo. “Más una guinea por día. Además, están todos los problemas que tuve que pasar para encontrarte”. Metió la mano en el abrigo de Child y le sacó el monedero del bolsillo, para luego vaciar el contenido en su mano y devolverlo. “Esto cubrirá lo último, lo que nos deja con cuarenta y siete guineas restantes. Ni se te ocurra arrancar o haré que mi objetivo principal sea buscarte. Esto está comenzando a volverse muy personal, Perry, y nadie quiere eso”.

Capítulo tres

El magistrado de Bow Street, SIR AMOS FOX, era un hombre pálido y delgado como un cadáver, de extremidades largas, cabello largo y blanco, y de piel rosada e irritada que competía con su chaleco rojo. Mantenía sus manos entrelazadas y por encima de ellas le sonreía a Caro, de una manera que, supuestamente, él creía que era reconfortante.

Caro se anticipó a sus disculpas con una sonrisa tensa. “Por favor, Sir Amos, no es ninguna molestia en absoluto. No he podido pensar en otra cosa que no sea la pobre Lucia”.

El recuerdo de esos momentos en la glorieta aún la atormentaban. Había pasado horas en vela reviviéndolos, recordando los quejidos y el hedor del asesinato. Los policías de Bow Street la habían interrogado en la escena del crimen, pero apenas había conseguido emitir palabras. Al final, Lord March había intervenido y les pidió que la dejaran en paz. Incluso, una vez que estuvo en casa le tomó una hora frotar debajo de sus uñas para limpiar la sangre. Dos días después, aún estaba convencida de que el olor seguía ahí.

Estaban sentados alrededor del escritorio de caoba del magistrado. Las paredes del despacho estaban decoradas con muchos retratos: el rey Jorge III y su reina; el príncipe de Gales; políticos importantes, tanto del Partido Liberal como del Conservador, porque Sir Amos arreglaba sus alianzas políticas hacia donde pegaba el sol.

Mordechai había insistido en acompañarla. Se sentó perfectamente erguido, con ambas manos apoyadas en el pomo de su bastón, sus nudillos estaban blancos alrededor de su anillo de sello de oro. Poco a poco sus rasgos se iban pareciendo a los de su padre: los mismos párpados caídos y la nariz larga que sobresalía de los rulos gris oscuro de su peluca, incluso el mismo lunar de carne en el medio de la frente. Le echó un vistazo a Caro serio y todavía furioso.

“¿Sir Amos? A mi hermana le gustaría saber si ya arrestaron al asesino”, expresó. “No ha habido nada en los periódicos al respecto”.

Sir Amos les regaló otra de sus sonrisas atentas. “Todavía no, Sr. Craven, Sra. Corsham. Pero estoy ofreciendo una recompensa de diez guineas, espero que incentive a alguien a presentarse”.

Caro frunció el ceño, pensó que en la casa del magistrado habría mucho movimiento, después de todo, una dama de importancia fue asesinada. Sin embargo, solo había visto a dos de los sirvientes de Sir Amos, quienes no parecían estar ocupados en absoluto, además, la recompensa miserable del magistrado la confundía.

“¿Diez guineas? ¿Usted sabía que Lucia era prima del rey de Nápoles? ¿Se le ha enviado una carta a su familia? Debería escribirla yo misma”.

Sir Amos se acomodó ligeramente en su silla, mirándola con compasión. “Me estoy haciendo cargo de todos los procedimientos, señora, no se preocupe por ello. Ahora me gustaría hacerle, si me lo permite, algunas preguntas sobre su relación con la fallecida. Creo que les dijo a los policías a mi cargo que usted la consideraba como una amiga, ¿cierto?”

“No tan cercana, nuestra relación fue más bien corta”. Caro suspiró. “Pero me agradaba muchísimo. Nos conocimos hace dos años en una cena al aire libre. Lucia estaba visitando Inglaterra por primera vez. Su esposo había muerto pocos meses antes y al viajar intentaba distraerse del duelo. Nos llevamos bastante bien, estaba segura de que nos volveríamos a ver, pero inesperadamente la obligaron a regresar a Nápoles”.

Entre vino, ingenio y risas, durante esa noche alegre de primavera, en la que ella pensó que con Lucia se iban a convertir en grandes amigas. La misma ilusión embriagadora de un nuevo *amour*, seguida de un sentimiento devastador de abandono cuando Lucia se fue de Londres sin decir adiós.

“¿Puedo preguntar quién las presentó?”

“Mi hermano, Ambrose, conoció a la familia de Lucia durante su Grand Tour cuando visitó las ruinas de Pompeya. ¿Qué tiene esto que ver con el asesinato de Lucia?”

“Un poco de paciencia, por favor, Sra. Corsham. Tengo entendido que recientemente se volvió a reunir con ella”.

“Hace tres días, en un baile de máscaras en la mansión Carlisle House. Lucia se disculpó por no haber escrito y la perdoné. Conversamos durante un rato acerca de asuntos triviales, hasta que volví a casa debido a que me enfermé por una ostra en mal estado. Al día siguiente me sentí mejor y asistí a la exhibición en el Vauxhall como lo había planeado. Iba pasando cerca de las glorietas, cuando escuche a una mujer quejándose de dolor. No puede imaginar el horror que sentí cuando me di cuenta de que era Lucia”.

La garganta de Caro estaba seca, había anticipado estas preguntas, por lo tanto, había preparado sus respuestas, pero estaba consciente de los ojos escépticos del magistrado y la mirada fulminante de Mordechai. Sin embargo, ella deseaba decir la verdad, en la medida de lo posible.

El magistrado hizo una breve pausa, “primero que todo, ¿puedo preguntarle por qué estaba en esa zona?”

“Sentí un poco de náuseas y salí a tomar aire. Al final no me había recuperado de esa ostra como había pensado”.

La mentira fue más fluida que la noche anterior. Mordechai la había interrogado por horas, mirándola como un maldito cazador de brujas: *No soy tonto, Caro, y tu esposo tampoco ¿Con quién te ibas a encontrar en las glorietas?*

Sir Amos gruñó igualmente escéptico, sin duda, llegando a la misma conclusión equivocada. Al menos eran preferible sus sospechas que la verdad.

“Mi hermana era muy inocente con respecto a la naturaleza de esa parte de los jardines”, afirmó Mordechai, el defensor de la familia, su gran talento. “Imagino que Lucia también lo era, siendo italiana”.

“Con respecto a lo último”, Sir Amos señaló, “me temo que no. Esa es la principal razón por la que les pedí venir aquí hoy. No es mi deseo aumentar aún más su angustia, Sra. Corsham, pero me temo que debo hacerlo. La mujer que encontró agonizando no era de la nobleza italiana. Y su nombre tampoco era Lucia di Caracciolo, no era una extraña en las glorietas del Vauxhall, ni tampoco en las tabernas y cafés de Londres. Usted entiende lo que quiero decir, estoy seguro”.

Ellos miraron al magistrado horrorizados, el asombro de Caro era bastante genuino.

“¿Se refiere a que era una prostituta? Mordechai marcó con fuerza cada sílaba para destacar la profundidad de su disgusto.

Sir Amos inclinó su cabeza, “quería decirle en persona, por respeto a su familia, señor. Nunca dejaría que se enterara primero por los periódicos”.

Caro negó con la cabeza, “creo que sabría si hubiese estado conversando con una prostituta, Sir Amos, Lucia hablaba con conocimiento sobre Nápoles. Además, charlamos de política, arte y moda”.

El magistrado habló de manera amable, pero firme: “no debe culparse por haberse dejado engañar por esta meretriz. Sin duda, su hermano Ambrose también fue engañado. Estas mujeres aprenden desde muy jóvenes a imitar a damas de clase alta, incluso, muchas de ellas han estado sobre un escenario. Sus trucos son innumerables”.

“Pero sus vestidos eran finos”, dijo Caro, aún reacia a aceptarlo, “Vestía plumas de avestruz, seda y sus guantes eran de cabritilla”.

“¿Se imagina a una prostituta común y corriente muerta de hambre tocando una puerta? Permítame desilusionarla Sra. Corsham, la cosecha de Satanás entrega

abundantes recompensas, siento decirlo. Una bonita Jezabel ¹puede ganar entre cinco a diez guineas de sus clientes masculinos en una noche. Cenar en la ciudad, ocupan los palcos en los teatros y algunas, incluso, llegan ahí en sus propios carruajes con sus criados”.

Mordechai lanzó una mirada asesina. “Señor, estos no son asuntos que deba escuchar mi hermana”.

“Vi a una mujer morir delante de mis ojos”, dijo Caro. “Le aseguro que eso fue mucho más impropio, Sir Amos, si es tan difícil diferenciar a una mujer de la calle de una señorita, entonces, ¿cómo puede estar seguro en este caso?”.

“Después de quitarle los guantes se descubrió que, en algún punto de su pasado, le habían marcado la mano por robo. Además, no tenía ninguna argolla de matrimonio, pero tenía marcas de parto en su cuerpo. Para entonces, estaba bastante claro con qué estábamos lidiando. Hice que mis hombres le echaran un vistazo al cadáver y, efectivamente, algunos de ellos la reconocieron. Su nombre era Lucy Sinamor, al menos así la conocían en las tabernas. Su arrendador la identificó esta mañana”.

Caro se quedó en silencio un momento, asimilando toda la información. Parecía tan improbable y, sin embargo, explicaría, en cierta medida, algunas contradicciones que la habían inquietado sobre Lucia: su repentina desaparición el año pasado, su discreción acerca del lugar donde se estaba quedando y su conocimiento en ciertas materias que no debería saber una condesa italiana.

“Según se dice”, comentó Sir Amos, “Lucy fue muy popular en la ciudad por un tiempo, a pesar de tener casi treinta años y de que su fama se había desvanecido ligeramente. El arrendador mencionó que a ese hombre que es artista, Agnetti, le gustaba pintarla. ¿Sabe usted si recientemente el Sr. Ambrose Craven se encontró de nuevo con ella?”

¹ Una mujer inmoral que engaña a las personas para obtener lo que quiere. (Término anticuado)

Caro levantó la vista. “Nuestro hermano ha estado de viaje en el extranjero por casi un año”.

Sir Amos tomó nota. “¿Y usted no tenía otros asuntos con la fallecida aparte de los que ha descrito?”

Los ojos del magistrado eran inquisitivos y la invadió una sensación de calor en la piel. “No, Sir Amos, ninguno en absoluto”.

Él inclinó su cabeza, “entonces no veo ninguna razón para seguir molestándolos. En los periódicos de la tarde se informará sobre la verdadera identidad de la fallecida. Puede que la recompensa incentive a alguien a declarar, o puede que no. La muerte de una prostituta”, hizo una mueca, “no genera mucha compasión”.

Caro aún estaba tratando de conciliar las revelaciones del magistrado con sus recuerdos de Lucia. Durante los últimos dos días, se había sumido en la pena y la culpa. A pesar de los engaños de Lucia, o Lucy, como se suponía que se llamaba ahora, esas emociones no podían simplemente arrancarse como un hilo suelto. Ella se imaginó a los policías que estaban a cargo del magistrado en Bow Street haciendo fila para ver el cadáver. Hombres rudos y toscos, del tipo bromista, empujando y riendo con sus miradas implacables.

“¿Qué edad tiene la criatura?” preguntó. “Perder a una madre es una tragedia terrible, sin importar las circunstancias. Me gustaría ayudar de alguna manera, si es que puedo”.

“Su compasión habla bien de usted, Sra. Corsham”, dijo el magistrado. “Lamentablemente, no se encontró ningún infante viviendo en el alojamiento de Lucy y su arrendador nunca le escuchó mencionar que ella tenía un hijo. Imagino que fue abandonado o que murió en sus primeros años de vida. Siento decirlo, pero algunas prostitutas incluso matan de hambre a sus propios hijos durante la lactancia”.

“Entonces deberían colgarlas”, declaró Mordechai con un estremecimiento de emoción.

Caro lo miró enojada, deseando que Ambrose estuviera ahí en lugar de él. El pensamiento hizo que sus ojos ardieran y miró hacia otro lado.

“Supongo que ella estaba en la glorieta para ver a un cliente”, continuó Mordechai. “¿Usted cree que él la mató?”

“Los clientes de Lucy eran hombres adinerados y de estatus”, contestó Sir Amos. “Considerando la naturaleza violenta del crimen, el número de heridas, entre otras cosas, creo que es muy poco probable que lo haya hecho un caballero. Sospecho que estaba esperando a dicho cliente, cuando se dejó seducir por un villano que iba pasando. Él deseaba probar la mercancía sin pagar y la situación cambió para mal, como ya vio”.

“No”, negó Caro, levantando la vista. “Estoy segura de que conocía a su asesino. Lucy me habló, ¿me entiende? Ella dijo: *“Él lo sabe”*.”

El magistrado lo consideró por un momento. *“Él lo sabe*. Podría haber estado hablando de cualquiera, de Dios, tal vez. En ese momento le tendría que haber pesado mucho la conciencia por sus pecados”.

“Al asesino también le debería pesar. ¿Los policías le informaron sobre el hombre con máscara que vi?”

El magistrado revisó cuidadosamente los documentos y sacó uno de ellos. “Abrigo negro largo, sombrero negro, altura promedio, tal vez más alto, una máscara de la peste negra. Por desgracia, hay muchos puestos que funcionan dentro de los límites del Vauxhall que venden estos tipos de máscaras y disfraces. La persona que vio pudo haber sido un fiestero inocente. Y si era el asesino, entonces podría haber sido cualquiera de los tres mil hombres que disfrutaban de los jardines esa noche”. Se lamió la palma y arregló su cabello, tratando de cubrir, con poco éxito, una de las partes de la cabeza donde no tenía pelo.

“¿Ha hablado con Lord March? Él me escuchó gritar y llegó a ayudarme. También había otro hombre, bajo y desaliñado, con barba. Creo que Lord March le ordenó que fuera a buscar a los policías del jardín”.

“He hablado con él y no recuerda haber visto nada sospechoso”. Sir Amos volvió a revisar sus notas. “El otro hombre que menciona se llama Ezra Von Siegel, un judío. Es un farolero que trabaja en los jardines. ¿En algún momento le dio motivos para sospechar de él?”

“No, él estaba conmocionado, pero fue amable”. Caro recordó que Von Siegel se consiguió mantas para cubrir el cuerpo y mantenerla a ella abrigada, ya que no había podido dejar de temblar.

“¿Sospecha que el judío está involucrado?”, preguntó Mordechai.

“No se encontró sangre en la ropa de Von Siegel”, aclaró Sir Amos. “Mantengo la mente abierta, es extranjero, un alemán”.

“¿Qué hay de la carta?”, dijo Caro. “Me pregunto si se le pudo haber caído al asesino”.

“¿La carta, Sra. Corsham?”

“Estaba a un costado de Lucy en la glorieta, al menos se veía como una carta. Era un documento de todas maneras. Vi un sello de cera que estaba manchado de sangre”.

Sir Amos miró por la ventana, había cumplido con su deber para con los Cravens, el de manejar un asunto delicado con tacto y discreción. Ahora Caro tenía la sensación de que el magistrado estaba cansado de la conversación. “No encontramos ninguna carta, señora, ¿quizás la imaginó? Sería fácil en un momento así”.

¿Se lo habrá imaginado? Ella no lo creía.

“¿La ciudad de Guildford se hará cargo de la investigación del asesinato?”, preguntó Mordechai.

“El Vauxhall, como usted dice, se encuentra legítimamente bajo la jurisdicción de los magistrados del condado de Surrey, pero dada la naturaleza sensacionalista del crimen y debido a la distancia, me he ofrecido para encargarme del caso yo mismo”.

Mordechai metió la mano dentro de su levita. “El esposo de mi hermana, el capitán Corsham, está en Francia en este momento, al servicio de una misión diplomática del Sr. Hartley, en Versalles. Sin embargo, sé que hablo en su nombre cuando le pido que haga todo lo posible para que no aparezca el nombre de la Sra. Corsham en los periódicos”.

Sir Amos inclinó su cabeza, “tenga por seguro, Sr. Craven, que haré todo lo que esté en mi poder para prevenir un escándalo”.

Se estrecharon la mano y Caro vio cómo pasó entre ellos un billete doblado.

“¿Qué va a pasar con el cuerpo de Lucy?, preguntó, “¿si nadie la reclama?”

“Su arrendador declaró que dejó deudas importantes. Puede que estas mujeres vivan bien, pero gastan su dinero como agua. He autorizado al arrendador de Lucy para disponer de sus pertenencias y así saldar su deuda, pero dudo que quede algo para cuando él termine, lo que significará una fosa común, lamento decirlo. En resumidas cuentas, una triste historia, pero uno es víctima de sus propias decisiones. Tengamos la esperanza de que esto haga reflexionar a las jovencitas de este reino”. Al ponerse de pie, le tendió un brazo a Caro para ayudarla a levantarse de la silla, “Espero que pueda dejar este asunto atrás”.

Caro esbozó una leve sonrisa al pensar en los momentos finales de Lucy. Sus dedos entrelazados con los de Caro. Esa mirada pálida y suplicante. *Él lo sabe.*

Parpadeó para disipar la imagen. “Yo también lo espero”.

Pamela

5 de enero de 1782

Ocho meses antes del asesinato de Lucy Sinamor

Noche de los Reyes Magos. Las campanas de la iglesia de Santa Ana daban las cuatro de la tarde. Soho estaba cubierto de nieve, como si se hubiera tendido una capa de armiño en el piso. Los carámbanos colgaban en las canaletas de plomo de las tiendas y las casas, brillantes como diamantes a la luz del agua sucia.

A la chica le dolían los brazos por el peso de su gran bolso de viaje. Sus medias estaban empapadas dentro de sus botas y el frío traspasaba su delgada capa, bajo su vestido de algodón su piel estaba erizada como si tuviera la textura de una cáscara de naranja. Sacó de su bolsillo un trozo de papel, observó la dirección en él y levantó la vista al número de la puerta negra que estaba frente a ella.

Durante varios meses se había imaginado este momento. Al cruzar por Londres, apenas se había atrevido a aceptar que finalmente lo estaba haciendo. Sin embargo, ahora que el momento había llegado, todos los temores con los que había luchado durante las semanas anteriores la asaltaban con la voz de Rachel, la cocinera: *Es toda mentira, pequeña idiota. No existen las camas de plumas o la ropa elegante. Son solo trucos para engañar a jovencitas atrevidas, flojas y vanidosas como tú.*

Aún podía regresar. Nada estaba hecho que no pudiera ser deshecho. Luego pensó en su colchón delgado relleno de crin de caballo, el hielo que congelaba el cristal de la ventana por dentro, el frío de las baldosas cuando se arrodillaba para encender el fuego de la cocina. Lavar platos con los dedos agrietados, si tenía suerte, cortar repollos; y vaciar orinales.

Con una determinación repentina, levantó la pesada aldaba de hierro.

A la dueña de la casa la llamaban Sra. María Havilland. La chica calculaba que tenía alrededor de sesenta años; seguía delgada como una cuchara de médula. Los movimientos de la señora eran lánguidos y premeditados al igual que sus palabras. Estaba sentada en un diván dorado y verde lima, usaba un vestido de cola de satén verde agua y un collar de esmeraldas, lo que para la chica eran signos prometedores. Su pelo era una imponente estructura de manteca, pomadas y polvo, donde tres arañas de plata trepaban hacia arriba. Sus anillos, al igual que sus pequeños ojos, brillaban a la luz de la lámpara.

La muchacha estaba desnuda y a pesar del calor del fuego y las cortinas de terciopelo azul índigo, sus pezones estaban duros como piedras de granizo. Debido a esto, esperaba que sus senos no se vieran muy pequeños y resistió el impulso de cubrirlos. En su lugar, se concentró en la abundante decoración del salón: el clavecín en medio de las ventanas y el número de velas que ardían intensamente en candelabros de plata. Arriba de la chimenea colgaba un retrato de una Sra. Havilland mucho más joven: ojos imponentes, boca incipiente y un cutis suave que la mujer del diván intentó recrear con rubor y maquillaje de plomo. La señora estaba evaluando a la chica de la manera en que los hombres lo hacen cuando pasas por la calle: primero la cara, los senos, las piernas, la cara de nuevo y finalmente se giran para ver el culo.

El piso de parqué era suave bajo los pies descalzos de la muchacha. Hannah, la primera criada, no había pasado la inspección cuando vino aquí hace un mes, pero ella tenía una marca de nacimiento en su pecho y le faltaba un diente.

“¿A qué te dedicas?”, preguntó la Sra. Havilland. “¿Modista?, ¿criada?”

“Criada, señora”.

“¿Aquí en Londres?”

“Si, señora. En Cheapside”.

“¿Tienes familiares cerca?”

“No tengo, señora. Al menos ninguno que conozca”.

La Sra. Havilland sonrió, “ah, ¿sí?, aquí nos agradan los huérfanos. ¿Qué hay de tu patrón?, ¿es del tipo que vendría a buscarte?, ¿causarnos problemas?”

“No, señora. No creo que le importe”.

La Sra. Havilland había estado jugando con un largo gancho de plata. En ese momento lo introdujo en su cabello para rascarse la cabeza. La chica se preguntaba si lo que le molestaba eran piojos o ratones.

“¿Cuántos años tienes, niña?”

“Quince años, señora”.

“Podrías pasar por una de trece, tal vez incluso doce. No menos. No queremos problemas con los de Bow Street, ¿lo entiendes?”.

“Si, señora”. ¿Esto significaba que había pasado la inspección? “Los hombres dicen que tengo una lengua audaz, señora. Sé cómo hacer que se corran rápido”.

“No”, el tono de la Sra. Havilland fue cortante, “no quiero que corran. Vuelve a lo tuyo. *Si, señora. No, señora*”. Ella le dio otra mirada prolongada para evaluar el cuerpo de la chica, “¿sabes lo que hacemos acá?”.

“Sí, señora. Eso creo”.

“¿Crees que *lo* puedas hacer?”

“Sí, señora”.

“Entonces te pondremos a prueba, pero tu nombre no servirá. Veamos si se nos ocurre algo mejor”, los ojos de la Sra. Havilland se posaron en un libro que se encontraba sobre la mesa de marquetería junto a su codo. “¿Sabes leer?”

“Sí, señora. Me enseñaron en el orfanato, era buena para leer”.

La Sra. Havilland señaló el libro con el rascador, “¿lo has leído?”

“No, señora, pero he escuchado de él. ¿Es una criada también?, ¿la chica del libro?”

“Pamela Andrews, su patrón era un terrateniente que la deseaba, pero ella no se dejaba poseer”. Sus uñas bien cuidadas señalaban el título secundario del libro, “*La virtud recompensada*, ¿eres virtuosa, niña?”

La muchacha quedó totalmente confundida, ¿la falta de virtud no era el punto de todo esto? Se enredó al contestar: “Sí, señora. No, no estoy segura, señora”.

La Sra. Havilland sonrió, como si la chica hubiese dicho algo inteligente, “toma este libro, aprende tu papel, interprétalo a la perfección y no vas a responder a ningún otro nombre que no sea Pamela, no mientras estés aquí”.

Capítulo cuatro

“AMBROSE SABÍA”, DIJO MORDECHAI. “En aquel entonces, cuando te presentó a la prostituta, debió haberlo sabido. Por Dios, ¿en qué estaba pensando?”

Estaban sentados en su reluciente carruaje rojo, el que tenía seis caballos, yendo desde la casa del magistrado hasta el distrito de Mayfair. Mordechai había encendido una pipa y Caro abrió la ventana de golpe, el jengibre confitado no hacía nada para calmar su estómago. Se recostó en el asiento de cuero y comenzó a abanicarse.

“Por supuesto que Ambrose sabía”, afirmó, “probablemente fue divertido para él. Presentar a una de sus mujerzuelas como si fuese una dama distinguida y ver como la halagábamos”.

“Es inconcebible, a su propia hermana.”

El carruaje se sacudió al pasar cerca de un palanquín. La calle Strand estaba congestionada por el tráfico y la acera estaba llena de peatones. Las atractivas vendedoras les guiñaban el ojo a los caballeros que pasaban desde las vitrinas de las sombrererías y guanterías. De vez en cuando, se vislumbraba entre las tiendas una gran cantidad de lo que sobrevivió de los antiguos palacios de ladrillo, los que alguna vez bordearon esa parte del río. En ese momento, iban pasando por Amberley House, la casa de Lord March y sus padres, el duque y la duquesa de Amberley.

“No mencionaste que Lord March estaba ahí cuando hablamos del incidente”, señaló Mordechai. ¿Era él? ¿El hombre con el que te ibas a encontrar en las glorietas?”

“No me iba a encontrar con nadie, estaba tomando aire, como ya te dije”.

“Harry se enterará de esto. Puede que lo haya dejado fuera de los periódicos, pero el rumor se esparcirá de todas maneras. Cuando sepan que la mujer asesinada era una

prostituta, las comparaciones vendrán por sí solas. No vas a volver a visitar el Vauxhall hasta que Harry vuelva”.

Miró fijamente a su hermano, indignada. “No me voy a encerrar. No he hecho nada malo y ya es hora de que me creas”.

Mordechai gruñó. “Solo podemos esperar que no crean que te ibas a encontrar con ese farolero judío”.

Si tan solo supieras, pensó, y por Dios, aún puede suceder. Entonces entenderás el significado de un escándalo familiar.

Se giró para observar el ajetreo alrededor de la calle Charing Cross. La iglesia San Martín marcaba las tres y las prostitutas ya habían salido a la calle. Ellas lanzaban sus sombreros de pluma hacia los oficiales de caballería que iban y venían desde las caballerizas Royal Mews, mostrando sus tobillos. Caro pensó acerca de su encuentro con Lucia en la mansión Carlisle House, tan solo tres días antes. Sus pequeños ojos café, sinceros y abiertos de par en par. “*Te puedo ayudar, querida Caro, si tan solo me lo permites*”.

Caro había aceptado esa oferta de buena fe. A pesar de su corta relación, había confiado en Lucia. Excepto que Lucia no era Lucia, sino que Lucy Sinamor, una prostituta, entonces, ¿por qué le había ofrecido su ayuda? A Caro no se le ocurrió ninguna otra respuesta más que la bondad humana y de alguna forma, eso era lo que más la inquietaba. Si no hubiese sido por ese acto de amabilidad, Lucy Sinamor nunca hubiese puesto un pie en esa glorieta. Por mucho que se esforzara, Caro se sentía en cierta medida responsable.

“¿Alguien preguntó por Ambrose en la exhibición?, le consultó Mordechai, rompiendo el hilo de sus pensamientos.

“Por supuesto que preguntaron. Nadie lo ha visto en más de un año. Todos quieren saber dónde está.”

“¿Qué les dijiste?”

“Suiza, como acordamos. Insinué que estaba persiguiendo a una mujer”.

“Más rumores”, contestó sombríamente Mordechai.

“Es casi lo mismo. Ambrose es un hombre, por lo tanto, su conducta no tiene que ser irreprochable, más importante aún, conociendo a nuestro hermano, las personas se creerán la historia”. Un pensamiento la golpeó. “Sir Amos dijo que Lucy Sinamor posaba para Jacobus Agnetti. “¿Crees que ahí es donde la conoció Ambrose?, ¿en la casa de Agnetti?”

“Poco importa ahora”.

“¿Crees que el magistrado habló con él?, ¿con Agnetti?”, preguntó Caro

“No tengo la más mínima idea”, contestó Mordechai.

“Sospecho que no lo hizo. Pareciera que no le importa en lo más mínimo. Si Lucy realmente hubiese sido una condesa italiana, ahora él estaría ahí afuera, recorriendo las calles”.

Mordechai cerró los ojos para señalar su limitada paciencia sobre el tema, “supongo que en todas partes se encuentran prostitutas muertas”.

“Aun así merecen justicia, ¿no?”

No contestó y Caro pensó con inquietud: “Sé que vi una carta en la glorieta y Lucy conocía a su asesino, estoy segura de eso. Estaba intentando decirme algo, pero murió antes de que pudiera hacerlo”.

“Caroline”, dijo Mordechai, con su voz de patriarca, otra característica que robó de su padre, “querida, tu novecita en las glorietas casi te cuesta la familia. Te arriesgaste a poner en ridículo a tu esposo y para ti pudo haber sido definitivamente peor. Si tienes la intención de sentarte aquí a preocuparte por algo, que sea por eso”.

Gabriel se abalanzó hacia ella casi al mismo tiempo que entró por la puerta de la casa en Mayfair. A pesar de su ánimo, se reía mientras lo giraba en el aire para luego abrazarlo con fuerza.

“Perro, mamá”, el niño ladró, “gato, mamá”, maulló.

“Oh, qué *inteligente* eres”. Ignorando a los sirvientes que merodeaban el vestíbulo, lo besó una, dos, tres veces para mantenerlo a salvo. A su hijo no le gustaban los besos, así que se retorció en sus brazos, contorsionándose para liberarse hasta que Caro lo bajó, luego corrió a la sala de estar donde pasaba la mañana, llamando a su niñera, la Sra. Graves.

Caro se quitó la capa y los guantes y se los entregó a su mayordomo, “¿dónde está el correo, Pomfret?”

“En su escritorio, Sra. Corsham, ¿debería Anna traerle una taza de té?”

“Voy a tomar el té con Gabriel en su cuarto en un momento”.

Al entrar en el salón, cerró la puerta. Estaba sola por primera vez ese día, respiró profundamente luchando contra las náuseas. Todo daba vueltas en su cabeza, Lucia di Caracciolo, Lucy Sinamor. Todas las emociones corrían sin control en su interior, tenía dificultades para encontrarles sentido. No puedes permitirte pensar en el asesinato ahora, se regañó a sí misma. Ya tienes suficientes problemas.

Se apresuró al escritorio para tomar el pequeño montón de cartas que requerían de su atención y reconoció misivas de amigos, cuentas de comerciantes e invitaciones. Su desesperación iba en aumento, como lo había hecho todos los días por las últimas dos semanas. Ninguna carta de la mano de su esposo diciendo que venía de camino a casa.
¿Por qué no ha escrito?

Habían pasado cinco meses desde que Harry empacó sus maletas para irse al continente, diciendo que se iba como máximo tres meses. Se habían despedido en términos cordiales y al principio había escrito con suficiente regularidad, pero ahora solo había silencio y ella no sabía por qué.

¿Estaría enfermo? Era una posibilidad a la que volvía una y otra vez y, sin embargo, si ese era el caso, ¿por qué no le habían dicho? Había hecho indagaciones con el jefe de Harry en el ministerio, Nicholas Cavill-Lawrence, y tuvo la inequívoca impresión de que le estaban poniendo excusas. “Los estadounidenses se durmieron en los laureles”. “Los franceses están siendo tercos”. “La paz no se logra en un día, Caro, estas cosas toman tiempo”.

Salvo que tiempo era la única cosa con la que ella no contaba.

Cerró los ojos, rehusándose a dejar salir las lágrimas, y el asesinato en el Vauxhall volvió a rondar sus pensamientos. Todos los detalles inquietantes la agobiaban: la carta en la glorieta, la máscara de la peste negra y las últimas palabras de Lucy.

Presionando una mano en su boca reprimió un sollozo desgarrador. “Harry”, susurró, “por favor vuelve a casa”.

Capítulo cinco

El estofado de CORDERO DE PEREGRINE CHILD estaba pálido y aguado, la carne relucía por el cartílago y las gotas de grasa. Lo revolvió sin ganas antes de hacerlo a un lado.

“Lo siento, amor”, se disculpó por décima vez.

“Ya te dije, no pasa nada”.

Sophie Hardcastle le dio una sonrisa tensa. Uno de sus abundantes rizos marrones se soltó, así que buscó en la parte superior de su corsé, donde guardaba los pasadores, para después colocar uno en su cabello de manera enérgica. Child extendió una mano para acariciar su mejilla, pero ella se alejó. Definitivamente pasaba algo.

Child había planeado llevarla a una churrasquería en el barrio de Covent Garden, la que tenía un nuevo cocinero francés, luego al teatro en la calle Drury Lane. Finn Daley había arruinado los planes y debido a eso, estaban sentados en una mugrienta taberna en la calle Holborn, rodeados de soldados borrachos y putas baratas. Child resistió la necesidad de poner la cabeza entre las manos. El reloj que había recuperado de Jenny Wren lo había escondido en su zapato y, de este modo, había escapado de las codiciosas garras de Daley. Se lo había regresado a su cliente el día anterior por una comisión de dos guineas y media, pero el dinero se estaba acabando rápido y no tenía otros trabajos a la vista. Además, estaba el problema de las cuarenta y siete guineas que le debía a Daley. Ya habían pasado dos días y quedaban solo cinco.

Había intentado mover sus contactos para pedir dinero prestado, pero tenía tantas deudas que nadie iba a ayudarlo. Esta fue la razón por la cual se vio forzado a acudir a Daley en primer lugar. Le había pedido a Sophie un préstamo, pero ella ya se lo había negado antes. *“El dinero separa a los amantes, Perry, ya me ha pasado”*.

Nada de esto era su culpa; esa era la peor parte. Todo había ido tan bien cuando volvió a empezar en Londres. Había adquirido una pequeña deuda, solo para establecerse, pero no era nada que no pudiese pagar a tiempo. Sus conexiones en Londres le habían enviado algunos clientes y, de apoco, se había pasado la voz de que Child era el cazarrecompensas al que se acudía cuando un caballero estaba en apuros. ¿Perdió algunas cartas comprometedoras? ¿Le robaron un collar de diamantes? ¿Quiere encontrar a una hija que se fugó? Perry Child era su hombre. No era de extrañar que sus competidores hayan estado tan enojados. Child era un intruso en su territorio, así que se habían unido para trabajar en su contra. Comenzaron a difundir rumores sobre su alcoholismo y sus actividades más turbias en Deptford y, pronto, sus clientes se redujeron a un pequeño grupo y sus deudas se convirtieron en un problema que ya no podía ignorar.

Cinco días, entonces Finn Daley vendría a buscarlo de nuevo.

Le dio a Sophie una débil sonrisa. “Tan pronto como vuelva a la acción, te llevaré a Drury Lane, lo prometo”.

“No, Perry, eso no va a funcionar”. Sophie apretó su pañuelo de seda alrededor de su amplio busto y él la miró preocupado. No era propio de ella guardar rencor.

“Entonces dime qué puedo hacer para recompensarte”.

“No es eso”, suspiró, “te lo iba a decir más tarde, solo no quería arruinar nuestra noche. Ayer tuve noticias del barco de Sam. Lo vieron en el puerto de Southampton”.

El esposo de Sophie era primer oficial de un Indiaman² que, para ese momento, se había ido por años. El dinero era bueno, pero Sophie se sentía sola. De ahí la relación con Peregrine Child.

“¿Cuánto tiempo va a estar en Londres?”

² Un buque mercante que operaba para la Compañía de las Indias Orientales.

“Seis meses, tal vez más”, presionó sus nudillos en el brazo de él. “No pongas esa cara, sabías cómo eran las cosas”.

No podía negarlo, incluso podría haber sido parte del atractivo. Se sentaron ahí un rato más y tuvieron intentos forzados de conversación, pero el corazón se había ido esa tarde y al final Sophie se levantó tomando su capa.

“Será mejor que vuelva con los niños, tú cuídate, Perry”. Ató la capota debajo de su barbilla, mientras él le mostraba una sonrisa, “oye, y modérate con el vino. Por la manera en la que bebes, morirás antes de los cincuenta”.

Márchate y hazlo de verdad. Child la observó irse y luego llamó al cantinero. Tomando en serio el consejo de Sophie, se pidió un gin. Mientras bebía, pensó en su esposa fallecida, Liz, y se preguntaba qué haría ella con él si lo viera ahora. Su mejor apuesta era que no mucho, pero al menos él no estaría confundiendo las expectativas de ella. Liz también solía decirle que dejara de beber, pero no era como si él no lo supiera. ¿Por qué las mujeres tenían que hablar tanta mierda sobre algo tan malditamente obvio?

Mucho más tarde caminó a casa por las calles de Holborn. Desde las tabernas de la calle Fetter Lane le llegaban las canciones de los soldados borrachos: *¡A la mierda los estadounidenses! ¡A la mierda los franceses!* Lo que estaba muy bien, excepto que todos sabían que la guerra estaba perdida, las colonias habían desaparecido para siempre y los británicos estaban arruinados y humillados por sus enemigos. Child decidió que él era una metáfora adecuada de su, alguna vez, orgullosa nación.

Vivía en el primer piso de una casa de madera, alta y estrecha, ubicada en un pequeño callejón saliendo de Gray's Inn Lane, la que tenía balcones revestidos instalados de manera inestable sobre soportes oxidados. Un carruaje estaba detenido a la entrada del callejón y mientras Child buscaba su llave, el cochero le dio una mirada despectiva. Sus vecinos, funcionarios judiciales y escribanos, tenían horarios respetables y el arrendador era muy tacaño para encender las lámparas en los pasillos después de las diez. Así que Child se vio forzado a andar a tientas por la escalera que era empinada de una manera

insólita. Se detuvo abruptamente cuando giró en el descanso y notó dos figuras misteriosas fuera de su puerta.

En su tiempo como magistrado, Child había enviado a muchos hombres a la horca. Nunca se sabía quién podría aparecer en su camino buscando un ajuste de cuentas. Dejó caer una mano sobre su pistola que estaba en el bolsillo de su abrigo. “¿Qué quieren?”

“¿Sr. Child?” Lo llamó una voz femenina, una que indicaba educación y dinero, todo aquello que en ese momento le molestaba a Child.

“Soy Child”, contestó. “Tiene la ventaja al saber quién soy, señora”.

Mientras ella se acercaba, él percibió una ráfaga de perfume caro. En la penumbra pudo ver que era muy hermosa. Lo miraba con un débil indicio de decepción. Tú y el resto, querida, pensó Child, tú y el resto.

“Mi nombre es Caroline Corsham”, dijo. “Creo que conoce a mi esposo, el capitán Henry Corsham. Una mujer ha sido asesinada, Sr. Child, necesito su ayuda”.

Capítulo seis

CHILD VIÓ COMO LA SRA. Corsham echaba una mirada dudosa alrededor de su vivienda: a los muebles desgastados, las botellas vacías, las telas de araña en las vigas y los platos sucios. Había abierto una ventana para ventilar el lugar, pero eso implicó que los hedores de sudor viejo y licor se mezclaran con la creciente pestilencia del Río Fleet. Estaban sentados en la pequeña mesa de comedor redonda de Child, la que había sido despejada apresuradamente de los restos de un pastel de riñón de hace tres noches. El sirviente pelirrojo y robusto de la Sra. Corsham vigilaba cerca de la puerta, incompatible como un mendigo en un baile. En ningún momento le quitó los ojos de encima a Child.

La Sra. Corsham acababa de terminar de contarle acerca de la prostituta de la que se había hecho amiga de manera involuntaria, y que después encontró agonizando en los Jardines de Vauxhall. Child había leído acerca del asesinato en los periódicos. En la edición de la tarde, la revelación de que la víctima había sido una famosa ramera provocó un cambio en el tono. Se implicaba un motivo sexual, por lo tanto, las personas podían descansar tranquilas en sus camas, ninguna mujer respetable estaba en riesgo.

“Mi esposo dice que usted es bueno en lo que hace”. La Sra. Corsham sonaba como si tratara de convencerse a sí misma. “Me dijo que, en su ausencia, si necesitaba ayuda con un tema delicado debía acudir a usted”.

Los ojos fríos y azules de Caro miraron de arriba a abajo las medias amarillentas y el abrigo manchado del hombre. Child anhelaba un trago para ordenar sus ideas, pero todo lo que tenía era gin y no creía que diera una buena impresión. Mientras ella lo evaluaba, él hacía lo mismo con ella.

Aún no tenía treinta, pero no estaba lejos. Su cabello de color caoba era brillante y enroscado de manera inverosímil. Usaba un vestido de seda rosa bordado con perlas y metros de encaje dorado, los que probablemente costaban más que todas las deudas juntas de Child. Tenía una cintura delgada y un rostro angular y delicado que daba la

impresión de fragilidad, la que se contradecía al pasar tres segundos en su compañía. Child tenía una desconfianza natural hacia las mujeres hermosas. Su instinto era complacerlas, algo que ellas anticipaban, y la experiencia le había enseñado que si no lo hacía se podían volver desagradables. También, tenían una manera de mirar a un hombre, reduciéndolo a la suma de sus defectos. Aun así, los Corshams eran ricos y cualquiera que fueran los motivos secretos de esta mujer para que le importara una puta muerta, si algo de su dinero iba a los bolsillos de Peregrine Child, él no era quien para mirarle los dientes a caballo regalado.

“Fui magistrado de Deptford por más de diez años”, comentó. “En comparación, sus villanos de Londres son un paseo por el jardín”.

“¿Esto incluye asesinos?”

Child inclinó la cabeza, “el asesinato es una propuesta más complicada que el robo, pero he atrapado algunos asesinos”.

“¿Puede usted encontrar a quienquiera que mató a Lucy Sinamor?, ¿asegurarse de que lo cuelguen?”

“Lo puedo intentar, si ella conocía al asesino, como usted sospecha, sería una tarea más fácil. Solo necesito encontrar a quien tuviera motivos suficientes”.

“El magistrado dice que no puede ser uno de sus clientes, ya que un caballero no puede cometer un crimen tan violento, ¿piensa usted igual?”

“Creo que los monstruos que usan máscaras de hombres se pueden encontrar tanto en los clubs acomodados de la zona de St James, como en los barrios marginales del área de St Giles. Ya sea lo primero o lo último, todavía no lo puedo decir”.

Caro asintió, aparentemente satisfecha con la respuesta, “¿cómo procedería usted?”

“Visitaría su casa, hablaría con sus amigos, sus clientes, si es que puedo encontrarlos. Iría al Vauxhall, hablaría con los de Bow Street y con cualquiera que estuvo en ese

momento en las glorietas. Sin embargo, sin la fuerza de la ley que me respalde, debo ofrecer incentivos suficientes para que las personas hablen”.

Su respuesta fue tan directa como un turco en un bazar, “¿cuánto quiere?”

Lo suficiente para quitarse de encima para siempre a Finn Daley, más un pequeño extra para consolarse en la ausencia de Sophie. “Cien guineas por el arresto, veinte por adelantado”.

“¿Me toma por tonta, señor?, usted puede tener diez por adelantado y sesenta después de la condena”.

Dios mío, era tan mala como Jenny Wren. Sus guantes de cabritilla deben costar más de diez guineas. Recordaba vagamente que el padre de la Sra. Corsham había fundado el Banco Craven. Sin duda, el anciano le había enseñado a exprimir el valor de cada centavo.

“Quince y ochenta”, respondió Child.

“Entonces no tenemos más asuntos que discutir”, la mujer se levantó de la mesa, haciendo un gesto a su sirviente. Child estuvo tentado a decirle que se fuera a la mierda y que se llevara su tono arrogante con ella, pero había otros cazarrecompensas allá afuera y ninguno tan desesperado.

“Doce y setenta y cinco”, replicó. “Pero por arresto, no por condena. El costo de llevar el caso a la corte va por cuenta suya”.

“Muy bien”, sin sonreír, tomó el monedero de su alforja y contó un montón de guineas en la mesa como si fueran centavos.

Cinco días para encontrar al asesino. Cinco días antes de que Finn Daley venga buscando sangre. Un asesinato sin testigos y pocos caminos de investigación prometedores, sólo un vistazo de un hombre con una máscara de la peste negra, el que

simplemente pudo haber sido un fiestero pasando. Child alcanzó su libreta y el tintero para tomar notas, tratando de evocar una imagen de confianza.

“¿Recuerda a alguien más en las cercanías de las glorietas además del farolero y Lord March?”, preguntó Child.

“A nadie que haya esperado a los policías, y *ellos* parecían más interesados en ese pobre farolero que en cualquier otra persona. Él les dijo que no había visto nada sospechoso”, respondió Caro.

“¿Y Lord March?”

“Lo mismo”.

“Debería hablar con ambos. También con su hermano, el que le presentó a Lucy”.

“No”. Dijo Caro de manera brusca. “Puede hablar con el farolero todo lo que quiera, pero no puedo permitir que converse con caballeros que conozco, cuestionando sus actividades y sus motivos”.

“Si usted quiere que se atrape el asesino, no puedo darme el lujo de ser tan quisquilloso, estos hombres son testigos”.

“Mi hermano, Ambrose, no fue testigo de nada. Él está en Suiza y lleva casi un año en el extranjero”.

“¿Y Lord March? Si estaba en las glorietas por una cita secreta, eso le daría todos los motivos para mentirle al magistrado”. Child se podía imaginar como Sir Amos habría interrogado a un noble joven y rico, con todo el respeto y la cortesía. “Incluso él mismo pudo haber cometido el crimen momentos antes”.

“Imposible. Conozco a Lord March desde que era niña”.

Child se preguntó si la actitud de ella estaba influenciada por lo que sea que había estado haciendo en las glorietas. El estado del matrimonio Corsham no era su problema,

pero podría complicar las cosas. “Señora, no me falta del todo sutileza, he interrogado a caballeros antes. Incluso asumiendo que Lord March es inocente, podría tener información importante para mi investigación”.

“Entonces yo hablaré con él. Averiguaré lo que vio, si es que vio algo”. Contestó Caro.

¿Creía ella que esto iba a ser un trabajo colaborativo? “Señora, esta no es la manera en la que trabajo, esta es una investigación de asesinato y no un juego de acertijos en el salón”.

“Lord March es un par del reino. Heredero del condado de Amberley. ¿Se imagina ir directamente a la mansión Amberley House e interrogarlo?, sus sirvientes le cerrarían la puerta en la cara. Considerando que lo conozco, él va a hablar conmigo”.

“Los hombres mienten, señora, y es una habilidad descifrar esas mentiras”.

Ella soltó una carcajada. “Le aseguro que es una que he aprendido”.

Child murmuró entre dientes: “*Barba non facit philosophum*”.

“La barba no hace al filósofo” dijo la Sra. Corsham abruptamente. “Tampoco un poco de latín lo convierte en Cicerón, Sr. Child. Lo haremos a mi manera o no lo haremos”.

“Bien”, contestó Child, lo que le recordó a Sophie Hardcastle y experimentó una repentina punzada de pérdida. Para calmarla, se levantó de la mesa y fue a la cómoda donde tenía libros y documentos. Tomando un folleto del estante, lo hojeo hasta que encontró lo que estaba buscando.

“Aquí” dijo, entregándoselo a la Sra. Corsham. “Lucy Sinamor”.

Ella observó la página y luego giró el folleto para ver la portada. “¿Qué es esto?”

“*La lista de Harris*, una guía de las principales prostitutas de Londres”.

Frunciendo el ceño, Caro leyó la descripción en voz alta:

Señorita S— a—r, nro.9 Harley Street
Maneras ingeniosas de seducir al libertino interior

La línea antes mencionada describe muy bien a la señorita L—y S— a—r, una chica de cabello castaño, alegre y fina de aproximadamente veintinueve años. Su belleza es en absoluto despreciable: piel clara, senos grandes y un agradable tono áspero en su forma de hablar; sin embargo, sus ojos no son una gran ventaja, debido a que son pequeños, marrones y corrientes. Un lunar pequeño estropea su labio superior, el que no se molesta en disimular, aunque su sonrisa es lo suficientemente hermosa y reconocemos que puede ser contagiosa.

Tiene poca educación, pero un ingenio muy perspicaz, lo que es fácil de descubrir en su compañía. Comprende muy bien su oficio y rara vez deja de complacer, aunque su principal defecto es la falta de cuidado en esconder su disgusto, en el caso de que ocurra. Tal como una mujer de la calle debería ser consciente de cubrir los defectos de su rostro, ella también debería disfrazar las imperfecciones de su carácter, específicamente el aburrimiento y el desánimo. Cómo este tipo de mercancía llegó a nuestro mercado, es difícil saberlo, ya que le gusta cultivar un aire de misterio. Ella participará en todo menos en vicios griegos, por lo tanto, no quedará satisfecha con menos de cinco guineas.

“Es como una reseña de una obra de teatro”, comentó con una mueca la Sra. Corsham. “O como si fuera un mueble en un catálogo de ebanistería”.

“La calle Harley Street será mi primera parada”, dijo Child. “Seguiré con Bow Street para hablar con mi contacto allí”.

“Su hijo”, mencionó Caro. “El magistrado dijo que no había ningún niño viviendo en su habitación y que pensaba que debía haber muerto o haber sido adoptado. Me gustaría estar segura”.

Child observó con cautela a su clienta, como si fuera alguna especie nueva y exótica, tratando de encajarla en su estudio de las personas. Arrogante, malcriada y se cree muy

lista, esa fue su conclusión y, sin embargo, había algunas notas discordantes, sobre todo la razón de sus motivos.

“¿Es por eso que está haciendo esto?, ¿debido a que hay un niño involucrado?”

“¿Importa el porqué lo hago?”, contestó Caro.

“Me gusta entender el propósito de mi cliente. Usted la conoció y le agradó, entiendo eso, pero ella le mintió”.

Por un momento, Caro no respondió y miró fijamente el folleto que tenía en la mano. “No le voy a negar que duele. Durante dos días estuve de duelo por Lucia di Caracciolo y ahora descubro que tal persona ni siquiera existió. El magistrado, mi hermano, los periódicos . . . solo ven a una mujercuela ahora y las mujercuelas no importan. Sin embargo, una mujer murió en esa glorieta de todas maneras. Sostuve la mano de Lucy mientras daba su último aliento. A ellos les gustaría que olvidara que alguna vez la conocí, pero me di cuenta de que no puedo”.

Child la observó de manera escéptica, preguntándose si había algo más que eso. Después pensó en el hacha de Finn Daley y las setenta y cinco guineas de la Sra. Corsham y decidió olvidar el asunto.

Capítulo siete

CHILD DESAYUNÓ un poco después del mediodía y luego caminó por la ciudad para quitarse el dolor de cabeza. El cielo del norte de Londres amenazaba con lluvia, pero Harley Street siempre estaba llena a pesar del clima. Guardias y sirvientes que hacían recados se mezclaban con residentes que tomaban aire y con clientes que visitaban a abogados, arquitectos y médicos de sociedad, quienes hacían de las calles de Marylebone su hogar. Child contemplaba a las mujeres con las que se cruzaba, tratando de distinguir a las rameras de las esposas; no era una tarea fácil. Ellas compraban la seda y el satén a las mismas modistas, los sombreros de plumas en las mismas sombrererías y, por supuesto, se cogían a los mismos hombres.

El número nueve tenía cinco pisos de altura, los ladrillos estaban brillantes y amarillos debido a que eran nuevos. Child tuvo que tocar varias veces antes de escuchar pasos en el vestíbulo. La puerta se abrió para revelar a un hombre de mediana edad que usaba un gorro de dormir y una bata de estilo baniano que mostraba su pecho musculoso. Su mentón estaba cubierto de una barba de varios días de color blanco y su rostro era redondo y rojo como un repollo en vinagre.

Child se presentó. “¿Es usted el dueño de esta propiedad?”

El hombre sacó rápidamente de su bolsillo una trompetilla y la sostuvo en su oído. “¿Qué dijo señor?”, preguntó con un acento de Cornish.

“El dueño”, repitió Child más alto.

“Lo está mirando. Boscastle, a su servicio”.

“Me gustaría hablar con usted sobre Lucy Sinamor”.

Boscastle dio un profundo suspiro. “Me temo que está muerta, señor, allá arriba en el burdel de San Pedro. Aunque su recuerdo vivirá en los pensamientos de muchos caballeros jóvenes”, pasó sus ojos por Child, evaluándolo. “Y en los de muchos hombres mayores también. Tengo otra chica arriba qué podría inspirarle los mismos buenos recuerdos”.

Child supuso que además de ser el arrendador de Lucy, este hombre había sido su “proxeneta”: portero, protector y expulsor de clientes desagradables, todo a cambio de una parte de las ganancias.

“No quiero una chica. Soy un cazarrecompensas y estoy aquí por el asesinato de Lucy”. Child le entregó su tarjeta. “Me gustaría hacerle algunas preguntas, si me lo permite”.

“Ya les dije a los de Bow Street todo lo que sé”.

“Mi cliente no considera a los de Bow Street tan minuciosos como podrían ser. También me gustaría echarle un vistazo a la habitación de Lucy”.

Boscastle le dio una sonrisa compasiva. “Quizás usted confunde este establecimiento con una empresa filantrópica, señor”.

“¿No quiere que se atrape al hombre que mató a su inquilina?”

“Sí, señor, claro que sí. Pero si está obteniendo ganancias de este horrible asunto, no veo por qué algo de eso no debería ser mío”.

Era difícil cuestionar esa lógica. Cinco chelines resultaron ser suficiente para satisfacerlo y luego Boscastle lo condujo hacia el vestíbulo, en el que colgaba una lámpara de araña sucia, y subieron un tramo de escaleras pintadas con murales bacanales. El arrendador abrió una puerta en el descanso del primer piso y Child lo siguió dentro de una gran habitación de un ambiente, la que tenía tres ventanas arqueadas con vista a la calle. El lugar estaba amueblado de manera ostentosa: una cama con dosel y

cortinas de seda; un biombo de estilo chinesco; un tocador de estilo francés con un espejo oscilante de sobremesa; dos sillones afelpados frente a la chimenea y un vestidor independiente equipado con armarios y cajones pintados. El papel mural de seda color marfil debe brillar cuando se ilumina por las velas y las pesadas cortinas amarillas le daban a la habitación un destello reluciente. Un escenario preparado para el amor o la imitación de este.

“¿Cuánto tiempo vivió Lucy aquí?, preguntó Child.

“Cerca de tres años”, contestó Boscastle. “Aunque había estado en Londres mucho antes que eso. Ella venía originalmente del condado de Norfolk, solía enviar a un chico por lenguado e hinojo marino cuando era la temporada, porque le recordaba a su hogar”.

“¿Y nunca tuvo a un niño viviendo acá?”

“Prohibido perros, prohibido niños. Lo dejo muy claro. Lucy jamás mencionó un niño en mi presencia”.

“A ella le habían marcado la mano por robo en algún momento de su vida. ¿Sabe algo acerca de eso?”

“Si, dijo que la habían arrestado años atrás, no mucho después ella vino a Londres. Muchas de las chicas mezclan la prostitución con el robo de carteras antes de que les empiece a ir bien. Mientras cumplan con el alquiler y no causen problemas, yo no juzgo”, respondió Boscastle.

Sin duda alguna, a Lucy le había ido bien. Los cajones de los roperos y armarios formaban un arcoíris de cotillas de satén, faldas de brocado, enaguas de encaje, medias de seda, capas de lana suave y mantos de piel recortada; cada una de estas prendas estaban cuidadosamente planchadas, dobladas y envueltas en papel de seda. La ropa de cama era blanca, los corsés estaban hechos de barba de ballena y las sombrillas eran de seda pintada con empuñaduras de marfil. Cajas de sombreros y pelucas estaban

apiladas arriba de los armarios y un baúl de estilo japonés estaba lleno de abanicos, prendedores y plumas.

“Amaba su ropa, Lucy lo hacía”, comentó Boscastle. “Estaba vendiendo sus cosas para pagar las cuentas, pero creo que esto habría sido lo último en irse. Ahora se tienen que ir. Me debía tres meses de alquiler y hay un montón de comerciantes que necesitan que les paguen”.

“¿No estaba ganando buen dinero?, *La lista de Harris* dice que cobraba cinco guineas la noche”

“Si, pero eso fue antes de todos los problemas”.

Child levantó la vista, “¿qué problemas?”

“Primero, alguien le dio una paliza, la molió a golpes. Después, ese artista para el que posaba, Jacobus Agnetti, la despidió. Luego, se metió en problemas en el Club de las Putas y la echaron. Para entonces, ya había perdido la mitad de sus clientes, porque alguien había extendido el rumor en la ciudad de que tenía sífilis. Esto fue otro clavo en el ataúd, si me perdona la expresión. Vivió de sus ahorros hasta que se le acabaron y luego se vio forzada a vender sus cosas”, explicó Boscastle.

“¿Cuándo la atacaron?”

“En marzo. La pobre muchacha estuvo en reposo por dos semanas. No quiso decirme quién lo hizo, pero es mi trabajo proteger a mis inquilinos, así que la presioné. Todo lo que decía era que no fue uno de sus clientes. Fue algo personal, no por negocios”.

“Si no fue un cliente, entonces ¿quién?, ¿un amante?”, preguntó Child.

“Tal vez, pero no lo creo. Lucy no parecía interesada en los hombres de esa manera. No quería un protector, tampoco un esposo. Así es como se ganó su nombre: Lucy Sinamor. “A los hombres les gusta decirte qué hacer, Boscastle, pero a mí no me pueden mandar”. Ella solo quería hacerse rica y retirarse”.

“¿Cree usted que era la misma persona?, ¿la que la golpeó y la que extendió el rumor?”

“A mí no me pregunte, yo solo sé que el alquiler estaba atrasado”.

Child cerró el último cajón en el vestidor y regresó a la habitación. Pasó los siguientes diez minutos hurgando entre las cosas mientras hablaban. Había un lavatorio que contaba con una jarra y un cuenco de porcelana, también, esponjas, pomadas, jabón y un orinal. Los cajones del tocador contenían una tenacilla de hierro; frascos de manteca, polvo, pomada roja, maquillaje blanqueador y rubor; además, había una pequeña caja con lunares de tela; perfume y agua de uso cosmético. Para Child, quien consideraba la higiene como una tarea que era mejor evitar, ser una ramera famosa parecía un trabajo duro.

“¿Me puede dar una lista con los nombres de los clientes de Lucy?”, pidió Child.

“¿Está loco, señor? En esta casa se mantiene la confidencialidad. No voy a permitir que moleste a mis clientes, no sin alguna evidencia de delito”.

“¿Cómo voy a conseguir evidencia si no sé quiénes son?”

“Ese es su trabajo señor, no el mío. De todos modos, creo que le está ladrando al árbol equivocado. Le dije que el hombre que la golpeó no era uno de sus clientes. Bueno, imagino que vino por un segundo intento”.

“¿Qué le hace decir eso?”, preguntó Child.

“Solo unos días antes de que la mataran, otra de mis inquilinas la vio discutiendo en la calle con un soldado. No era un hombre que reconociera de esta casa, no era un cliente”.

“¿Puedo hablar con ella?”

“Mientras haga que valga la pena, puede hacer lo que quiera”, contestó Boscastle.

Durante su búsqueda, Child vislumbró en varios lugares a la mujer detrás de los cosméticos y de la puesta en escena. Vio una pintura en acuarela del área de Norfolk Broads, su hogar, le había dicho Boscastle. También, un relicario con la inscripción *memento mori* que contenía un mechón suave de pelo castaño. Child se preguntó si eso era una prueba de que el hijo de Lucy estaba en realidad muerto.

En una de las mesitas de noche encontró una caja de almendras acarameladas y varios intestinos de cerdos enrollados con lazos de cinta, los que se usaban para evitar embarazos y enfermedades. También, había una pequeña botella de vidrio que Child destapó para olerla y apenas la abrió sintió una ráfaga de queso viejo, la que era fácilmente reconocible: valeriana, una droga para dormir.

“¿Lucy tenía otros visitantes? ¿Amigos? ¿Familia?”

“Estas muchachas no ven a sus familias, señor. A menos que paguen las cuentas. Me dio la impresión de que ella rompió los lazos con la suya hace mucho tiempo”.

“¿Y amigos?”

“Su amiga más preciada era una chica llamada Kitty Alegre, una adorable pelirroja del Club de las Putas. Ella y Lucy eran uña y carne, pero deben haberse peleado porque ella dejó de venir unos meses atrás”.

“¿Cree usted que la pelea estuvo relacionada a sus otros problemas?”

“Quizás. Debería preguntar en el Club de la Putas”.

“¿Tenía ella otros amigos que usted recuerde?”

“La esposa del artista, la Sra. Agnetti, solía venir ocasionalmente por negocios de su esposo. Ella y Lucy, en ocasiones también Kitty, hablaban y a menudo las escuchaba reír. Pero usted conoce la historia de los Agnettis, estoy seguro. No fue mucho después que la Sra. Agnetti dejó la ciudad que Lucy y Kitty tuvieron su altercado. Para ser honesto,

creo que Lucy se sentía sola. Ella se reunió con una vieja amiga, no del tipo que encuentras en el Club de las Putas, eso es seguro”.

“Continúe”, dijo Child.

“Nunca supe el nombre de la mujer, pero vino varias veces en los últimos meses, hasta que discutí con Lucy. Su amiga daba la impresión equivocada para una casa como esta. Los clientes de mis inquilinas esperan lo mejor y no encontrarse con alguna prostituta pobre en las escaleras”, explicó Boscastle.

“¿La puede describir?”

“No era exactamente una mujer ramera y pobre, pero no estaba lejos de eso. Tenía el pelo oscuro y rizado, salvaje como una gitana. Flacucha, mejillas llenas de cicatrices de viruela y dientes amarillos. También le habían marcado la mano, lo que hizo que me preguntara si era una amiga de los días de ladrona de Lucy. Además, cojeaba, no me extraña que los de Bow Street la hayan atrapado. Después de que tuve la discusión con Lucy, la mujer dejó de venir. Supongo que se reunían en otra parte, ya que Lucy salía hasta las tantas en las semanas previas a su muerte. Algunas veces la venían a dejar en un carruaje alquilado; todavía gastaba a pesar de sus deudas. También tuvimos un altercado por eso”.

Un estante que estaba junto a la cama contenía implementos para escribir y libros: Richardson, Smollet, unos cuantos romances, algunos folletos pornográficos y, para la sorpresa de Child, un volumen de las obras traducidas de Esquilo. También había una caja de escritura de nogal que estaba vacía, excepto por un mapa doblado de los alrededores de Londres.

“¿No tenía algún documento?, ¿cartas?, ¿ese tipo de cosas?”

“Los de Bow Street se llevaron todo eso, también sus dibujos”, contestó Boscastle.

“¿Dibujos?”

“Por Jacobus Agentti”.

Child hojeó los libros para ver si algún documento estaba oculto entre las páginas, pero sólo encontró unas cuantas flores prensadas y una tarjeta que ofrecía los servicios del Asilo Magdalena para Prostitutas Penitentes. Se lo mostró a Boscastle.

“¿Estaba Lucy pensando en darle la espalda al negocio?, ¿considerando todos sus problemas?”, preguntó Child.

“¿Lucy? De ninguna manera. Ella me dijo: “quieren detenerme, Boscastle, pero los haré pagar”.

“¿Los?”

“Eso es lo que dijo. Asumo que se refería a quienesquiera que habían intentado arruinar su vida. Yo también le creí, me refiero a que ella los haría pagar. Lucy sabía cómo guardar rencor”.

Al reverso de la tarjeta del Asilo Magdalena había una nota con caligrafía elegante propia de una dama: *50–60 piñas, 2hv 1hm.*

Child frunció el ceño. No podía ser una receta, las piñas cuestan una pequeña fortuna, ochenta o noventa libras cada una, no dos chelines y un penique. Tampoco cincuenta a sesenta parece un número plausible debido a su costo y escasez. Child no creía haber visto más de media docena de piñas en toda su vida.

“¿Se ve esto como la letra de Lucy?”

Boscastle entrecerró los ojos y luego asintió.

“¿Me lo puedo quedar?”, pidió Child.

“Si es que tiene un chelín puede quedárselo”.

Suspirando, Child buscó en su bolsillo. Dio un vistazo final alrededor de la habitación donde los clientes de Lucy habían disfrutado de sus favores, deseando que las paredes pudieran hablar. Luego Boscastle le mostró un segundo tramo de escaleras para ver a la otra inquilina.

La muchacha se llamaba Emma y se veía como si recién la hubiesen levantado de la cama. Era joven, con dientes blancos y grandes, además, en su cabello castaño a la moda se veían las raíces amarillas. Por cuatro chelines aceptó decirle a Child lo que había visto.

“Una tarde venía de regreso a casa después de ir de compras, hace una semana más o menos. Lucy salió de la casa, estaba a punto de subirse a un carruaje alquilado cuando alguien la llamó. Era un casaca roja, había una mujer con él, supuse que era otra puta. Él y Lucy intercambiaron palabras y después la empujó”, relató Emma.

“¿Escuchó sobre qué estaban discutiendo?”

“No, la llamé para preguntarle si debía traer a Boscastle y el casaca roja junto con su ramera se marcharon”.

“¿Puede recordar cómo se veía el hombre?, podría ser importante”.

“Alto, cabello corto y claro con patillas. Era un oficial casaca roja con charreteras doradas. Se acercó a mí cuando pasó por delante y me dio una verdadera mirada de odio. Vi que tenía una cicatriz justo aquí”. La chica se tocó la sien. “Me pareció que era un corte debido a un duelo”.

“¿Qué hay acerca de la chica?”

“No lo recuerdo. Estaba mirando a Lucy y al soldado”.

“¿Alguna vez lo había visto antes?, ¿con Lucy o en otro lugar?”

“No con Lucy, pero creo que lo he visto en los alrededores de Covent Garden. Él es guapo, ¿me entiende?, del tipo que atrae la atención de una dama. Si es el mismo caballero, es uno de esos que le gusta beber más de la cuenta con sus amigos y causar problemas a los taberneros”.

“Ahí lo tiene, señor”, dijo Boscastle. “No es un cliente”.

Child la interrogó un poco más, pero ella y Lucy no se conocían mucho. Le dio las gracias a Emma y Boscastle lo acompañó por las escaleras hasta la calle.

La teoría de la Sra. Corsham, de que el asesinato de Lucy no fue producto de un encuentro casual en las glorietas, estaba ganando credibilidad ante los ojos de Child. El hombre que la había agredido. La persona que se había propuesto a destruir su sustento económico. El soldado que la había acosado en la calle. Su asesino. ¿Eran la misma persona o Lucy tenía un don para hacer enemigos? Al menos, ahora Child contaba con varias líneas de investigación. Caminó con determinación en dirección a Covent Garden.

Pamela

10 de enero de 1782

Los tambores retumbaban como truenos, interrumpiendo la danza de las dríades. Las chicas se quedaron inmóviles con sus manos ahuecadas detrás de las orejas en una variedad de poses, en medio de un claro de árboles hechos con madera y hojas de papel. Guirnaldas de seda posicionadas de manera artística adornaban a las ninfas, que de lo contrario estarían desnudas, y en sus cabezas tenían coronas de flores artificiales.

Pamela miraba desde los bastidores, su corazón latía, sentía un poco de falta de aire. Era su sexta noche en el establecimiento de la Sra. Havilland y ya se sabía el acto de memoria. El escenario bien iluminado ocupaba uno de los extremos del salón de baile. Más allá, en la oscuridad, Pamela podía ver el resplandor de las pipas de los caballeros, el destello de sus relojes de bolsillo; y percibía sus fragancias.

De entre los árboles, una muchacha que vestía una piel de cabra caminaba mientras sostenía un arco y tenía una aljaba de flechas en su espalda. Cecily era un poco mayor que Pamela y venía de un pueblo del este de Londres llamado Dagenham. Su cabello era amarillo como un membrillo y sus extremidades largas estaban espolvoreadas de dorado. Las ninfas corrieron para rodear a Cecily y se agacharon a ambos lados.

Al lado de Pamela, en los bastidores, se encontraba George que era un antiguo pregonero. “He aquí la diosa Artemisa”, exclamó.

Cecily hizo un ademán de agacharse para arrancar una flor de seda, lo que les dio a los hombres una vista que los hizo vitorear. Dirigió su arco hacia varios miembros de la audiencia por turnos y ellos le gritaban halagos obscenos.

Cuando los vítores terminaron, la Sra. Havilland subió al escenario. Majestuosamente alta, vestida con seda morada lujosa y con enaguas de tela de crepé amarilla adornadas con encajes negros y finos. Esa noche, su pelo recogido estaba adornado con una cadena de oro con flores esmaltadas.

“Caballeros, les pido que rindan homenaje a Artemisa, la cazadora del bosque”.

La Sra. Havilland esperó de nuevo hasta que los aplausos habían terminado. “Muchos han intentado asaltar la fortaleza de Artemisa, sin embargo, se mantiene intacta ante ustedes, sin ser tocada por el hombre. Dentro de tres semanas, descubriremos si hay un ciervo entre ustedes digno de esta cervatilla asustadiza”.

Cecily se agachó en una posición defensiva con una expresión de sorpresa y su arco listo. Una risa de admiración surgió desde la audiencia.

George le dio un empujoncito a Pamela. “¿Lista?”

Oh, estaba lista. No es como si su vestuario haya requerido mucha preparación. Su cara bien lavada le daba brillo a su piel y sus mejillas estaban pellizcadas hasta conseguir un rubor saludable. Su vestido era delgado y estaba hecho de algodón marrón; no era muy diferente al que llevaba puesto cuando llegó a esa casa. Estaba descalza y su pelo negro estaba sin lavar y sin peinar.

En la primera noche, ella había pensado que sería un hazmerreír. Se veía como una esclava. ¿Por qué no podía ser la diosa Artemisa? Se había quejado con la Sra. Havilland y recibió una respuesta severa. Sin embargo, al final de su actuación, para su gran sorpresa, el salón de baile había resonado con los vítores de los caballeros.

Incluso la Sra. Havilland se había ablandado: “Tuviste un buen comienzo, niña, pero se puede mejorar. Esfuérzate en lo que sea necesario y para el final del siguiente mes, ellos harán fila hasta el área de Ealing Common”.

Desde entonces, solo había mejorado. Pamela se apartó mientras Cecily se apresuró al pasar junto a ella hacia la sala de audiencia, le dio una rápida palmadita para la suerte. El telón había bajado y la orquesta tocó un estribillo vigoroso. En el escenario, los sirvientes de la Sra. Havilland estaban reorganizando la escena a toda prisa. Ahora se veía una cocina, una mesa de roble, una tabla de cortar y una silla. El suelo estaba salpicado de harina y cáscaras de vegetales. Se necesitaba una criada.

El telón se levantó y el salón se llenó de un silencio expectante.

“Contemplad”, exclamó George, “la sirvienta, Pamela Andrews. Su belleza solo es igualada por su virtud”.

Ella salió al escenario y los aplausos se multiplicaron como un coro. Tomando su escoba barrió el piso, mientras el violinista tocaba una melodía alegre y los hombres aplaudían al unísono. La excentricidad de todo esto aún le hacía cosquillas. ¿Dejar la casa en Cheapside para realizar una imitación de sus tareas aquí para un público que paga? Sin embargo, nunca la habían apreciado de esta manera en Cheapside.

George hizo una señal en los bastidores y ella caminó hacia la mesa. La música adquirió un tono inquietante.

“Contemplad, el libertino terrateniente, el Sr. B”.

El salón de baile resonó con abucheos y silbidos. Peter Jakes se acercaría sigilosamente hacia ella por detrás, usando una peluca de gran tamaño y un traje de terciopelo burdeo, además, tendría una almohada debajo de su abrigo para que se viera más relleno. Pamela cortaba una zanahoria mientras los abucheos aumentaban de volumen.

En ese momento, él estaba justo detrás de ella. Pamela podía sentir el olor a cebolla y cerveza negra en su aliento. Ella se tensó cuando la agarró y presionó sus labios contra los de ella, introduciendo la lengua en su boca, aunque Pamela le había dicho que no lo hiciera. Ella agitó los brazos y lo pinchó con un cuchillo un poco más fuerte de lo que debía. Peter la soltó con un grito y ella se tambaleó hacia el frente del escenario.

Por un momento su mente se puso en blanco, aunque se había quedado hasta tarde para aprender sus líneas. La invadió una sensación de alivio al recordarlas.

“Señor, usted es el mismísimo Lucifer en la forma de mi patrón o no podría tratarme de este modo”.

Jakes la agarró por el brazo, clavando sus dedos para hacerle daño. “Ya que me toma por el diablo, ¿cómo puede esperar algo bueno de mí?”

Pamela bajó la cabeza. “Soportaré con paciencia cualquier cosa que usted pueda hacerme, hasta dar mi vida. ¡Pero no puedo ser paciente ni puedo ser pasiva cuando mi virtud está en juego!”

Aplausos, los más fuertes que ella había tenido hasta ahora. Jakes hizo una mueca y agarró su vestido con ambas manos. La cotilla tenía una costura falsa asegurada con alfileres y la prenda se rasgó en pedazos artificiales, exponiendo sus senos.

Se escuchó una inspiración colectiva. Los platillos se estrellaron. Luego, Pamela se arregló el vestido para que no tuvieran más que ese único vistazo tentador. Contemplando a los caballeros a través de sus pestañas, invocó una lágrima e hizo una súplica: “Estoy realmente arrepentida de mi atrevimiento, pero de hecho no me trata como un caballero. Confío en que Dios me libraré de este filisteo”.

La audiencia golpeó los pies contra el suelo y la habitación vibró por el sonido de su aclamación. Pamela se deleitaba en los deseos del público y sostenía la mirada de los caballeros que parecían ser los más ricos, como Cecily le había enseñado. Pero entonces captó la mirada de otro hombre y, aunque tenía pocos signos visibles de riqueza, se dio cuenta de que no podía apartar la mirada.

Su chaqueta roja escarlata lo identificaba como un soldado. Ella sabía sobre ellos, pero este no podía ser más diferente a los toscos hombres de infantería en su día libre, con los que se había encontrado cerca de Cheapside. Era elegante y estaba bien peinado. Un oficial. Un caballero.

Él le sonrió y vio un destello de dientes blancos. Su cabello rubio estaba cortado al estilo moderno que a ella le gustaba. Tenía un cuerpo largo y delgado, y una cara que combinaba con este. Lo que parecía ser una cicatriz de duelo atravesaba el borde exterior de una de sus cejas. *Un apuesto demonio y él lo sabe*. Era una de las frases favoritas de Rachel, la cocinera. Ella lo decía como si fuera algo malo, sin embargo, de alguna manera, que él lo supiera y que Pamela supiera que él lo sabía, sólo hacía que su pulso latiera un poco más rápido.

La Sra. Havilland entró al escenario para enumerar sus virtudes y la tarea de Pamela era quedarse parada en silencio y mirando al piso. Pero ella no pudo resistirse a echarle otra mirada al soldado y esta vez cuando él le sonrió ella le devolvió la sonrisa. Mientras Pamela salía dócilmente del escenario con otra ronda de aplausos embriagadores, le hizo una plegaría a Artemisa, la diosa de las vírgenes: *Que sea él.*

Capítulo ocho

LA LLUVIA DIFUMINABA LOS colores vibrantes de los Jardines de Vauxhall. Las gruesas gotas dejaban agujeros en el suelo, lavando los charcos de vino y vómito, y fluyendo como cascada desde los techos de tela encerada de las cabinas de cena. A la luz del día el lugar perdía su magia. Sin las luces y la música, tenía un aire escuálido y sórdido.

“Pequeño guardia entrometido, ¿no?”, Caro le murmuró a su sirviente, Miles, señalando con la cabeza a la espalda del guardia de la portería que caminaba delante de ellos.

Ella había ido al Vauxhall con la intención de ir directamente a las glorietas para buscar el documento, el que estaba segura de haber visto al lado del cuerpo de Lucy. Sin embargo, los jardines estaban cerrados hasta esa tarde y el guardia no había querido dejarlos entrar. Al ver el peculiar faetón amarillo de Jacobus Agnetti atado en el parque de carruajes, ella afirmó que tenía una cita. Aun así, el guardia había insistido en acompañarlos a la Rotonda.

“Escuché que el príncipe de Gales pronto hará una visita al Vauxhall”, dijo Miles, inclinando el paraguas impermeable sobre la cabeza de Caro. “Supongo que tienen que ser cuidadosos”.

Su cara ancha y pecosa se veía inusualmente malhumorada y su tono galés carecía de frivolidad. Caro imaginó que aún la culpaba por haberse escapado de él la otra noche, en ese mismo lugar. Mordechai lo debió haber increpado.

También es probable que le tuviera resentimiento por tenerlo de pie por tanto tiempo la noche anterior, en la sucia habitación del Sr. Child con sus hedores repugnantes. ¿Había sido un error contratar al cazarrecompensas? No estaba segura. El Sr. Child era una criatura poco atractiva en su abrigo mal ajustado y peluca ridícula, además, tenía

una nariz abultada con tantas venas que se parecía a una ciruela. Sin embargo, había hablado con confianza sobre el caso y sus ojos negros, pequeños y brillantes eran perspicaces. Seguía recordándose a sí misma que Harry valoraba los talentos de Child.

El techo de la Rotonda resonaba por el golpeteo de la lluvia. El lugar parecía desierto y, sin embargo, alguien sin duda había estado trabajando. Una mesa de caballete se encontraba debajo de la cúpula con varias pinturas dispuestas sobre ella, no todas enmarcadas. Entre estas había cuadernos de dibujo, carpetas, cuchillos, lápices y otros trastos. Más pinturas y marcos vacíos estaban apoyados contra la mesa.

“Esperaré a que el Sr. Agnetti regrese”, dijo Caro.

El guardia le entrecerró los ojos de manera sospechosa. “Entonces también esperaré”.

Caro se paseó por la Rotonda, sus pasos hacían eco en las baldosas. Nunca había sido una admiradora del trabajo de Agnetti, aunque no se podía negar su talento ni su ojo para una oportunidad de negocio. Desde la controversia sobre su cuadro, *El rapto de Europa*, todo el mundo quería un Agnetti para su salón, pues el asesinato y la profanación encajaban medianamente bien con una copa de brandy. La pintura delante de ella parecía un ejemplo de esto.

Retrataba un paisaje frondoso con pilares rotos dispersos. En el primer plano se encontraba un altar de piedra tallada. Una chica de pelo oscuro, que era poco más que una niña, luchaba sobre este altar mientras era sujeta por un hombre mayor, un soldado. La túnica de la muchacha se había deslizado exponiendo uno de sus senos blancos como la leche, sobre el que se posaba la punta de la espada del hombre, derramando sangre. La cara de la niña estaba distorsionada por el terror y sus ojos suplicantes miraban hacia el abismo de la muerte. *El sacrificio de Ifigenia* le hizo pensar a Caro en la escena de la glorieta. Rápidamente pasó al siguiente lienzo.

Un minuto después, todavía lo estaba mirando cuando Jacobus Agnetti entró a la Rotonda. Se detuvo al verla y sus cejas negras se juntaron sobre su nariz aguileña. “Sra. Corsham, buen día, señora”.

Habló con una agradable entonación italiana, la que era conocida por volver locas a las viudas de sociedad. Era un hombre corpulento, grande como un oso y desaliñado; su cabello negro y canoso estaba peinado hacia atrás desde la frente muy a la moda y su pañuelo estaba desatado y suelto alrededor del cuello. En la luz catedralicia de la Rotonda, su levita deshilachada de terciopelo color ciruela le recordó a Caro una capa de un cardenal: un Médici apolillado, lo que parecía una analogía apropiada, pues el escándalo se apegaba al Sr. Agnetti como abrojo.

Él se inclinó. “Espero que se encuentre bien ¿Y su hermano Ambrose? Ha pasado algún tiempo desde la última vez que lo vi en la ciudad”.

Caro murmuró la historia de siempre sobre Suiza y la temporada de caza, esperando a que Agnetti sonriera, como si pudiera imaginar perfectamente el tipo de aves de caza que Ambrose Craven estaba persiguiendo. Pero Agnetti solo dijo, un poco impaciente sintió ella: “¿qué puedo hacer por usted, señora?”

“Esta dama dijo que tenía una cita con usted, señor”, declaró el guardia.

“No precisamente una cita. Me gustaría hablar con usted sobre un asunto privado”.

Agnetti se dirigió al guardia. “Ya escucho a la dama, señor”.

Murmurando entre dientes, el hombre dejó la Rotonda y Miles retrocedió hacia la puerta.

“Un asunto privado”, dijo Agnetti. “Estoy intrigado”.

Caro se volvió hacia la pintura. “Es ella, ¿verdad?, ¿la mujer que fue asesinada?, Lucy Sinamor”.

La escena representaba otro asesinato: una mujer de pie sobre un hombre desnudo y moribundo, ella tenía un hacha en la mano. Él se había arrastrado desde una bañera de piedra, su sangre atravesaba el piso de mosaicos. El cabello castaño de la mujer estaba suelto, su vestimenta desaliñada y su piel flácida. También tenía una frente amplia y

arqueada, ojos centelleantes y un pequeño lunar en el labio superior. Caro imaginó el cabello oscuro de la mujer, enroscado debajo de un tocado de encaje negro adornado con plumas de avestruz, su rostro sonrojado por el calor de la multitud e iluminado por una sonrisa traviesa: Lucia di Caracciolo, deslumbrante en la mansión Carlisle House. Imaginó la piel despojada de todo color, los labios grises desesperados por hablar: Lucy Sinamor muriendo en las glorietas de los Jardines de Vauxhall.

“Si, es Lucy”, dijo suavemente Agnetti. “Escuché la triste noticia por una de mis otras modelos esta misma mañana. Me entristece enormemente. Lucy era una musa inspiradora”.

“Fui yo quien la encontró”, mencionó Caro. “Mientras tomaba aire cerca de las glorietas”.

Los ojos del artista se agrandaron, “que impactante, no lo sabía, lamento que haya tenido que pasar por semejante pesadilla”.

“No fue nada en comparación a la de Lucy”, Caro respiró hondo, “¿La conocía desde hace tiempo?”.

“Desde la primera vez que vine a Londres, hace unos tres años. Aquí la ve como Clitemnestra asesinando a su esposo, Agamenón. A Lucy le encantaba esta pintura. Le regalé un volumen de Esquilo para que pudiera leer la historia detrás de esta. Quizás debería quitarla, considerando las circunstancias”.

“Si a ella le encantaba, entonces debería quedarse”, comentó Caro. “Confieso que no me la puedo sacar de la cabeza. ¿Me contaría acerca de ella?, ¿el tipo de mujer que era?”

Agnetti consideró la pregunta, todavía de cara a la pintura. “Hablabamos a menudo cuando posaba para mí. Generalmente sobre mi trabajo. Lucy disfrutaba de los mitos y las historias que inspiran mis pinturas y me hacía preguntas, a veces hasta el punto de la distracción. También quería saber sobre mi ciudad natal, Nápoles; dijo que le gustaría

visitarla algún día, para caminar por donde lo hicieron los romanos y para ver los paisajes. Como muchas de mis modelos, tenía un ingenio desinhibido, pero también había una tristeza allí. Sospecho que su vida no siempre había sido fácil”.

“Imagino que no, dado su oficio”.

Agnetti le dio a Caro una mirada meditativa. “No se compadezca demasiado, el trabajo de Lucy le dio la libertad que ella deseaba”.

“¿Que no me compadezca?, ella murió con gran sufrimiento”.

“Estaba hablando de su vida, no de su muerte”, contestó Agnetti. Estudió la expresión de Caro; el color de las mejillas de ella se intensificó. “También solía compadecer a mis modelos, pero después llegué a admirarlas. Llevan sus pecados abiertamente. La alta sociedad las condena, pero ellas mantienen sus cabezas en alto. Se necesita un cierto coraje para eso, ¿no lo cree?”

La admiración de Agnetti por sus modelos era un tema bien conocido en la sociedad londinense. A los periódicos les gustaba entrar en detalles sobre las idas y venidas en su vieja y lúgubre casa en el área de Leicester Fields: el desfile de prostitutas a través de su salón y la implicación de que hacían algo más que sentarse a cenar. Los artistas tenían cierta libertad cuando se trataba de conductas reprochables, pero la Sra. Agnetti claramente había tenido su dosis de humillación. No es que a su esposo pareciera importarle, teniendo en cuenta su comportamiento desde que ella lo había abandonado.

“Lucy no tenía deseos de ser una sirvienta o una modista”, continuó el artista, “o cualquier otra alternativa miserable para una vida en la ciudad. Incluso puede que ella haya disfrutado de su trabajo; algunas de mis modelos lo hacen. Sin duda alguna, disfrutaba de gastar el dinero que ganaba”.

“No puedo imaginar ninguna cantidad de dinero que valga los riesgos que estas mujeres enfrentan”, declaró Caro.

“Hasta que no se conoce la pobreza, ¿cómo puede uno juzgar?”

“¿Se necesita conocer la pobreza para condenar la degradación de las mujeres?”, preguntó Caro.

“¿No es degradante limpiar las casas de otras personas por una miseria? Esa era la opinión de Lucy sobre el tema. Sus opciones eran limitadas y tomó sus decisiones como le pareció más conveniente”.

La rabia de Caro, encendiéndose dentro de ella desde la visita a la casa del magistrado, ardió de repente. “Lucy era mercancía para sus clientes, comprada y vendida como un pan de azúcar. Usted puede elegir creer que no estaba abatida por esos esfuerzos, yo no lo haré”.

Agnetti inclinó su cabeza, “perdone mi falta de tacto, señora. Está molesta, y no es de extrañar”.

Caro respiró hondo, luchando por controlar sus emociones. No tenía mucho sentido desquitarse con el Sr. Agnetti. “¿Le puedo preguntar cuándo fue la última vez que vio a Lucy?”

“Hace ya algunos meses. Lamento decir que me vi obligado a despedirla del trabajo”.

“¿Por qué?”

Él suspiró, “me robó algunos dibujos y también le robó a otro caballero que conozco. No podía tenerla en la casa después de eso. De todas mis modelos, era la última de la que hubiera sospechado que traicionaría mi confianza”.

“El magistrado dijo que dejó deudas importantes. Supongo que estaba desesperada”, comentó Caro.

“Me toma por sorpresa. Los mejores años de Lucy en la ciudad quedaron atrás, pero es solo después de los cuarenta que tales mujeres atraviesan tiempos difíciles. Su plan

era comprar un terreno en el área de Hampstead, sobre el cual construir casas para vender y obtener una ganancia que financiara su retiro. No tengo ninguna duda de que lo habría hecho, sin importar las dificultades que tuviera en el momento. Era hábil y determinada”.

“El magistrado mencionó que había tenido una criatura. Pienso que podría hacer algo por él o ella. ¿Alguna vez la escuchó hablar sobre un hijo o hija?”

Agnetti sonrió con tristeza. “Lamentablemente, no creo que necesite preocuparse por ese asunto. Lucy nunca habló de su hijo. Supongo que debió haber muerto muchos años atrás”.

“¿Pero sabía que había tenido uno?” En cuanto habló, miró las pinturas alrededor. “Oh, ya veo”. Él la había visto desnuda.

Agnetti no hizo ningún esfuerzo por llenar el silencio incómodo que vino después, simplemente se giró hacia la pintura, perdido en una contemplación privada.

“El magistrado cree que fue asesinada por un extraño que iba pasando” dijo Caro, “pero creo que ella conocía a su asesino. Me habló antes de morir, estaba intentando decirme algo”.

Él se giró. “¿Qué le dijo?”

“Ella dijo: “*Él lo sabe*”. Me pregunto si uno de sus clientes pudo haberla matado”.

Mientras Caro hablaba, se le ocurrió que el mismo Agnetti pudo haber disfrutado de los favores de Lucy. Acababa de admitir que él y ella se habían separado en malos términos. ¿Pudo haberla matado él? La posibilidad le dio escalofríos y se sintió agradecida por la presencia acechante de Miles.

“Sin duda, es posible”, dijo Agnetti. “Muchas de mis modelos vienen a verme con ojos morados u otras lesiones, lo ven como un riesgo del oficio. Alguien atacó a Lucy no mucho antes de que la despidiera, supuse que fue un cliente, aunque ella no lo dijo”.

La voz de Caro titubeó. “Mi hermano Ambrose la conocía. Me pregunto si pudo haber conocido a Lucy en su casa. Él le encargó una pintura, ¿no es así?”

Mordechai tendría un ataque si supiera que estaba hablando abiertamente sobre Lucy y Ambrose. Agnetti también lucía sorprendido. “*La Castración de Urano*. Fue hace dos veranos atrás, según recuerdo. El Sr. Craven visitó varias veces mi casa para discutir su encargo y Lucy estaba a menudo por el lugar, así que fácilmente pudieron haber hablado”.

Lo que habría sido casi al mismo tiempo en que Ambrose le había presentado a Lucia en la cena al aire libre. No es de extrañar que Lucy haya hablado con tanto conocimiento sobre Nápoles, después de sus conversaciones con Agnetti. ¿Ella y Ambrose se habían reído juntos de Caro, divertidos por su ingenuidad? Ella trató de invocar la ira, pero solo se sintió abatida.

El sonido de pasos aproximándose hizo que Agnetti girara. Una joven entró a la Rotonda y Caro se sobresaltó al ver un cuchillo en la mano de la mujer. Era muy alta, delgada y pálida, tenía cerca de diecinueve años, su cabello tan claro que era casi blanco y estaba sorprendentemente corto. Con su vestido de muselina blanco y el cuchillo, ella podría haber salido de una de las pinturas de Agnetti. La asistente, supuso Caro; la que había provocado tanto escándalo.

La chica le dio a Caro una mirada fría y evaluativa, y después se dirigió a Agnetti: “El Sr. Tyers está preguntando por usted, señor”.

“Le pido disculpas, Sra. Corsham”, dijo Agnetti. “Hay un pequeño problema con la venta de entradas para esta noche y debo ocuparme de ello. Supongo que la veré en la mansión Carlisle House dentro de poco. Espero que para entonces se haya recuperado completamente de la terrible experiencia”.

Agnetti se inclinó para besar su mano y luego él y la chica dejaron juntos la Rotonda. Caro esperó un momento y luego se acercó a la mesa. Tomó uno de los cuadernos de dibujo de Agnetti y lo hojeó buscando a Lucy.

Había muchas personas que identificó: caballeros y damas que conocía. Otras que no, la mayoría mujeres, la mayoría jóvenes, la mayoría hermosas. En el segundo cuaderno de dibujo la encontró: Lucy representada en carboncillo, un rizo de cabello oscuro reposaba en su mejilla. Sus ojos evaluaban al artista, audaces e inescrutables.

Un dibujo de Lucy sería algo útil para el Sr. Child, decidió. Agnetti no lo echaría de menos. La chica había dejado su cuchillo en la mesa e, ignorando la mirada inquisitiva de Miles, lo utilizó para cortar el dibujo del cuaderno. Enrollándolo en un pergamino, lo escondió debajo de su capa y salió a los jardines mojados por la lluvia.

Capítulo nueve

“YO NO LO HICE”, gritó la mujer. “Imbéciles de mierda”.

Los hombres que la arrastraban por la calle portaban la distintiva porra roja de los policías de Bow Street. Un hombre delgado y de aspecto erudito con un abrigo en mal estado se apresuraba a seguirles el paso y Child supuso que la mujer era una puta a la que habían atrapado robando a su cliente.

La arrastraron dentro de la taberna Brown Bear, la que estaba enfrente de la casa de Sir Amos Fox en la calle Bow Street. Durante años, los policías habían utilizado la taberna como su cuartel general, incluso, habían convertido las habitaciones de arriba en celdas improvisadas. Child se abrió paso entre la multitud que estaba afuera hacia la taberna llena de gente.

Varios policías con cara de aburridos estaban sentados en las mesas escribiendo en libretas. Las filas enfrente de ellos se extendían hasta la calle: había madres que sostenían a niños llorando, personas que gritaban sobre pertenencias robadas y hombres que iban a dar falsos testimonios por dinero. La mujer era arrastrada por las escaleras hasta las celdas, mientras aún pateaba y escupía. Hacia el fondo de la taberna los policías de Bow Street, entre sus turnos, se sentaban alrededor de largas mesas para beber y jugar *cribbage* por peniques. Child reconoció a su amigo, Orin Black, otro deptfordiano exiliado en Londres.

El hombre le hizo una seña para que se acercara, y se levantó para estrechar su mano. A Child le gustaba que Orin pudiera mirarlo directamente a los ojos, incluso cuando Black podría caber de lado por la ranura de una puerta. Los otros policías le llamaban “el jinete” y Child los habría golpeado en la boca, pero Orin parecía tomárselo con calma. Su rostro era redondo y con hoyuelos, además, tenía una leve cicatriz de un labio leporino y llevaba su propio cabello en una coleta corta y abultada, amarrada con un lazo amarillo para combinarlo con su chaleco.

“Estaba por salir a mis rondas”, dijo Black, “¿das una vuelta conmigo?”

Caminaron por Bow Street en dirección al mercado. “Lucy Sinamor”, mencionó Child. “¿Qué me puedes decir sobre su asesinato?”

Desde que comenzó a trabajar de cazarrecompensas, él y Orin habían establecido un acuerdo de beneficio mutuo en el intercambio de información. Black le pasaría los nombres de víctimas de robo, que no tenían una buena opinión de los esfuerzos de los policías de Bow Street en recuperar sus pertenencias, y a cambio, Child le daría la ubicación de cualquier villano con un precio por su cabeza que creía merecía ser colgado.

Orin levantó una ceja, tenía un pulgar enganchado en el bolsillo de su chaleco, mientras balanceaba su porra. “Yo no acudí a la escena, pero el asesinato ha sido la comidilla del Brown Bear. ¿Quién es tu cliente?”

“¿Entre tú y yo?, la dama que la encontró en la glorieta. Ella ha decidido que le importa”.

Orin gruñó. “Es a la única que le importa; nadie ha reclamado el cuerpo. Me sorprende que el Club de las Putas no lo haya hecho, generalmente suelen cuidar de las suyas”.

“Escuché que la echaron. Después iré hacia allá”.

Orin sonrió. “Buena suerte con eso”.

Covent Garden estaba inundado con los aromas de placeres encendidos: humo de leña para calentar el agua de las casas de baño, pasteles horneados, vino caliente y cientos de variedades de perfumes baratos que seguían a las mujeres que trabajaban en la plaza. Unas andrajosas vendedoras de flores se mezclaban con mujeres rastreras, pobres y arrugadas; prostitutas voluptuosas se asomaban por las ventanas de los burdeles y las casas de baño; encantos del teatro paseaban del brazo con meretrices de cafeterías y fulanas de restaurantes. Además, cortesanas maquilladas espiaban desde las ventanas de los carruajes de sus protectores. Orin y Child caminaron entre los puestos de frutas y vegetales, los vendedores lanzaban miradas ansiosas hacia el cielo

amenazante. Child se compró una manzana, mientras Orin miraba a los vagabundos y los pilluelos, buscando problemas.

“¿Conocías a Lucy?”, preguntó Child.

“Solo de vista, sabía quién era. Todos lo sabían. Hace algunos años podías leer su nombre en los periódicos, se mostraba en el teatro del brazo de un duque o había duelos por sus favores, ese tipo de cosas. Solía verla entrando y saliendo de la cafetería Bedford Coffeehouse, pero luego ella envejeció, como todas lo hacen y siempre hay chicas más jóvenes sobre las cuales escriban los periódicos. El siguiente paso después de Bedford es el Club de las Putas. Ella habría tenido otros diez años más o menos a ese nivel, después se habría retirado, si tenía suerte, o más bien se habría convertido en una madama o habría terminado así”. Orin señaló con el pulgar a una mujer vieja, rastrea y pobre con un bastón, que cojeaba a través de la plaza, ofreciéndose a los comerciantes asqueados por un cuarto de penique.

“Mi clienta dice que Sir Amos está convencido de que fue un encuentro casual en las glorietas. Tiempo y lugar equivocado”.

“Probablemente tiene razón, no planearías un asesinato como ese con demasiadas personas alrededor, hay mucho riesgo de ser interrumpido, nuestro asesino tuvo suerte. A Lucy la apuñalaron más de una docena de veces, la mayoría en la parte inferior del abdomen. Esa es una verdadera locura, Perry. O no pudo controlarse a sí mismo, o lo disfrutó. Demente o malo, ese fue el veredicto de nuestros muchachos en la escena”.

“O alguien que tenía motivo para odiarla”, dijo Child. “Tenía un enemigo, dijo su arrendador, quizás más de uno. La habían golpeado gravemente unos meses atrás y alguien estaba tratando de arruinar su vida. Mi clienta vio a un hombre con una máscara de la peste negra justo antes de encontrar el cuerpo. Eso pudo haber sido una manera de reducir parte del riesgo”.

Orin reflexionó un momento sobre esto. “Si fue planeado, ¿por qué hacerlo ahí?, ¿por qué no en un lugar discreto?”

“¿Porque estaba furioso?”, Child pensaba a la vez que hablaba. “Tal vez no fue planeado, ¿tal vez solo se enteró de algo sobre Lucy que no le gustó? Sus últimas palabras fueron: “*Él lo sabe*”. Mi clienta piensa que estaba hablando sobre el asesino”.

“¿Te refieres a un crimen pasional?”

“Un amante despechado. Un cliente celoso. Se debió haber reunido con *alguien*”.

“¿O fue una pelea de ladrones?”, Orin apuntó con el dedo la leve cicatriz de su labio leporino.

“¿Así que admites que es posible que lo conociera?”

“Supongo que sí. No hay testigos ni sospechosos, solo un farolero judío que se ve como si no pudiera matar a una mosca. No hay motivo más allá de lo obvio, excepto que el médico no cree que la hayan violado”.

“¿Qué hay del arma?”, preguntó Child.

“No se encontró ninguna. El asesino se la debe haber llevado”.

“Un poco arriesgado llevarse un cuchillo ensangrentado a través de la entrada con todos esos guardias”.

“Toma riesgos. Es lo único que sabemos sobre él”, manifestó Orin.

Child frunció los labios. “¿Qué tan bien buscaron?, pregunto porque mi clienta está convencida de que vio un documento al lado del cuerpo, solo que Sir Amos le dijo que no lo tenía. Me hace dudar sobre qué tan diligentes fueron en la escena. ¿Puedes preguntarles a los policías quién estuvo en el lugar y averiguar si alguien vio algo?”

“Podría omitir la parte de la diligencia”.

Child sonrió. “Fueron lo suficientemente diligentes en la habitación de Lucy. Me dijeron que se llevaron algunos documentos y dibujos con ellos. ¿Puedes averiguar qué eran?, ¿podré echarles un vistazo?”

“Van a querer que les paguen”, dijo Orin.

“Lógicamente”.

Se detuvieron mientras Orin le echaba un ojo a un grupo de pilluelos que estaban holgazaneando cerca de un puesto de frutas, esperando a que el dueño del puesto les diera la espalda. Los chicos lo reconocieron y corrieron en busca de un botín más fácil.

“Tuve un asesinato como este el año pasado”, dijo Orin. “A una puta la golpearon hasta la muerte y la madre del asesino lo entregó después de que llegara a casa cubierto de sangre. Todo lo que dijo fue que no sabía que le había pasado. Tal vez la recompensa de Sir Amos provoque un cargo de conciencia similar. Seré honesto, tenemos bastante poco como para seguir investigando”.

“¿Por qué Sir Amos le quitó de las manos el caso a la ciudad de Guildford?”, preguntó Child. “Teniendo en cuenta lo que acabas de decir, no suena como algo que él haría”.

“La política, sería mi mejor apuesta. Quizás les debía un favor, o él quiere que le deban uno. Tiene un ojo puesto en un escaño en el parlamento; ¿quizás le agrada el condado de Surrey? Sea lo que sea, te diré una cosa con certeza, esto será para el beneficio de Sir Amos Fox”.

Afuera del Bedford Coffeehouse, un hombre estaba tocando un silbato, tratando de que su perro bailara por dinero, pero no dejaba de olfatear restos de comida y un grupo de caballeros jóvenes sentados en una de las mesas de afuera se burlaban.

“¿Qué me dices de este Lord March?, preguntó Child, mirando a los hombres con desagrado. ¿Pudo haber sido él?”

“No había sangre en su ropa, se esperaría que la hubiera si él lo hubiese hecho”.

“Mi clienta dijo que el hombre con la máscara de la peste negra estaba usando un abrigo negro largo. ¿Pudo Lord March haber desechado ambas cosas y luego haber vuelto para ayudar a la Sra. Corsham cuando la escuchó gritar?”

“¿Sabes que él es el heredero del duque de Amberley? ¿Consejero del príncipe de Gales? Yo tendría cuidado con lo que dices y a quién se lo dices. Escucha, no tenemos motivos para sospechar de él, nuestros muchachos dijeron que fue amable y atento. No muy a menudo interrogan a un par del reino”.

Child gruñó. “Una de las vecinas de Lucy la vio discutiendo con un oficial casaca roja, solo unos pocos días antes de que muriera. Dijo que ella creía haberlo visto en los alrededores de Covent Garden causando problemas”. Él describió al hombre y a su cicatriz de duelo.

“Lo buscaré”, dijo Orin. “Tenemos muchos caballeros como ese por aquí. Creen que es un gran deporte emborracharse y hacer pedazos una taberna, para luego pagarle al tabernero; o comenzar una pelea en un burdel. Hace unos años, un grupo de ellos hizo rodar a una anciana por una colina para divertirse y le rompieron los dos brazos. Arréstalos y simplemente comprarán su salida o sus padres intervendrán. La mitad de ellos tienen deudas que te harían llorar, pero estas no les impide gastar”. Orin le dio una mirada de reojo. “Hablando de eso, dicen que Finn Daley te está buscando”.

“Me encontró y sigo aquí”.

“Solo ten cuidado, Perry. No quiero tener que sacarte del río Támesis”.

“Si encuentro a este asesino, no tendrás que hacerlo. ¿Hablarás con los policías que estuvieron en la escena y los que se llevaron los documentos de Lucy?”

“Deptford hasta la muerte, ¿no?” Orin le dio un ligero golpecito en el hombro. “Vuelve mañana. Lo veré de inmediato”.

Capítulo diez

LA RESPIRACIÓN DE CARO SE ACELERÓ mientras giraba hacia el Paseo Oscuro. Los recuerdos la asaltaban. Los policías, la sangre, Lucy y Lord March. El hombre con la máscara de la peste negra. El suelo afuera de la glorieta era un revoltijo de barro por la lluvia y todas las idas y venidas. Armándose de valor, entró.

Los sauces estaban encorvados bajo el aguacero y el banco de piedra resbaladizo y oscurecido. Todos los rastros de Lucy se habían removido, excepto por una mancha oscura en el césped. El olor metálico de la sangre tapó las fosas nasales de Caro, pero el recuerdo se había colado en la realidad. Los dedos de Lucy aferrados a los de ella. *Él lo sabe.*

“¿Qué estamos buscando, Sra. Corsham?”, preguntó Miles.

“Algún tipo de documento, quizás una carta”.

Juntos registraron el césped. Caro se preguntó si se había quedado debajo de los arbustos en toda la confusión. Ella se agachó y embarró su enagua, ignorando las quejas de Miles. Adentrándose en los árboles, sus mangas se engancharon en las ramas y sintió el suelo cubierto de musgo. Después de pasar un rato gateando, sus dedos rozaron algo pequeño y sólido en el césped. Un anillo de sello de caballero, incrustado en la tierra. Era de oro y con una piedra roja cerosa. Se veía muy viejo.

“¿Qué estás haciendo ahí abajo en el suelo?”

Caro levantó la vista bruscamente al sonido de la voz. Lord March estaba de pie en la entrada de la glorieta; era como un ave exótica entre el follaje, en un abrigo azul cielo de seda moiré, bordado con hilo de plata. Ella se puso de pie mientras sus dedos formaban un puño alrededor del anillo. “Miles, espera junto al carruaje”.

El sirviente empezó a objetar, pero Caro lo silenció con una mirada. Él le entregó el paraguas y dejó la glorieta.

“¿Qué estás haciendo aquí?”, se dirigió a Lord March.

En la penumbra moteada, su rostro se parecía al de un anciano: lleno de cansancio, tez pálida y mejillas hundidas. Demasiada vida alocada con Neddy Dodd-Bellingham, supuso Caro. Recientemente había cortado su pelo negro a la moda, otra vez la influencia de Dodd-Bellingham, despeinado arriba, con patillas sobre las orejas. Sintió una ráfaga de perfume de algalia mientras él se acercaba; su mirada oscura e intensa la recorría.

“Vine a ver a Agnetti”, dijo Lord March. “Vi tu carruaje en el jardín y vine a buscarte. Entonces, ¿qué estabas haciendo?, ¿recogiendo champiñones?, ¿enterrando un tesoro?”

“Buscando un documento, una carta. Estaba en el piso junto a la mujer muerta. Sir Amos no la tiene, él cree que la debo haber imaginado, pero tú la viste, ¿cierto?”

“No, solo le eché un vistazo a la glorieta. Estábamos en el camino, ¿recuerdas?”

Caro volvió a mirar a su alrededor, angustiada por no haberla encontrado. “Estaba aquí, sé que lo estaba”.

“¿Por qué te importa? ¿No has leído los periódicos? Ella no era la dama que creías que era, era una mujerzuela”.

El rostro y cabello de Caro estaban mojados, su faldón y sus zapatos embarrados y, de repente, fue consciente de cómo debía lucir. “La carta debe estar conectada al asesinato. Se le pudo haber caído al asesino”.

“Seguramente eso es asunto del magistrado”, dijo Lord March.

“Se podría pensar que sí, ¿no?” Caro se obligó a sí misma a dejar de buscarla, para mirarlo. Por dos semanas, había buscado la oportunidad de estar a solas con él, pero ahora lo estaba haciendo todo mal, distraída por Lucy Sinamor y su asesinato. “¿Cómo has estado?, no tuve la oportunidad de preguntarte la otra noche”.

“Bastante bien, ¿y tú? Recuperada, espero. Caroline Corsham está hecha de acero de Toledo, ¿cierto?”

“No siempre, no lo estoy. Octavius, he estado preocupada. No has respondido a ninguna de mis cartas”.

“Perdóname, he estado ocupado”.

“¿Con Catulo? ¿Mi rival?”, ella forzó una sonrisa. “Ahora que estamos aquí, hay algo que necesito decirte”, declaró Caro.

“Y yo a ti. Es por eso qué vine a buscarte”. La estaba mirando de manera extraña y un sentimiento de aprensión la invadió. “Esta noche Clemency Howard llevará puesto el diamante de mi madre en la ópera. No quería que lo escucharas de otras personas”.

¿*Clemency Howard*? Ella lo miró fijamente; todas las palabras que había practicado murieron en su garganta.

“Tengo más de treinta”, continuó. “Pensé que probablemente ya es hora, esta es mi contribución para mis ancestros. Mi padre saldó mis deudas y restituyó mi asignación, y mi madre está encantada. Así que no más cartas si no te molesta, sé que lo entenderás. Y será mejor que a partir de ahora me llames Lord March”.

Ella lo escuchaba como a lo lejos mientras el anillo cortaba la palma de su mano. Él sonrió para suavizar el golpe y los ojos de Caro ardieron. Dijo las palabras muy rápido para que no pudiera arrepentirse: “Octavius, estoy embarazada”.

La miró fijamente por un largo rato. “¿Por qué me dices esto?”

“Porque no es de Harry, no puede serlo, y pronto será muy tarde para hacerlo pasar como suyo”.

“¿Estás diciendo que es mío?”

Caro levantó la cabeza y él arqueó una ceja. “No puedes culpar a un hombre por dudar. Ni siquiera te he preguntado qué estabas haciendo la otra noche en las glorietas”.

“Nada de eso, lo juro”. Ella lo miró con impotencia. “Temo que Harry se divorcie de mi cuando lo descubra”.

“¿De verdad crees que la situación llegará a eso?” Su expresión se suavizó y extendió los brazos. “Pobre muchacha, ¿qué habrás estado pasando?”

Caro presionó el rostro en el abrigo de Lord March, los botones de plata con el escudo de Amberley se hundían en sus mejillas. Si los matrimonios se podían romper, se dijo a sí misma, entonces los compromisos también. Si la apoyara alguien como él, el hijo de un duque, podría sobrevivir al divorcio, pero él ya se estaba apartando del abrazo.

“Vas a convencer a Harry”, dijo Lord March gentilmente mientras la sostenía por los hombros. “Nadie se va a divorciar, Caro, y mucho menos un hombre con sentido común como él. Te puede enviar a Alemania: ir un lugar tranquilo para relajarte en las aguas terapéuticas; encontrar una buena familia que quiera un bebe. Escuché que así es como se hace”.

“Pero ¿qué pasa si no puedo? Convencerlo, me refiero”, su voz se quebró. “Tendré que dejar Londres, viviré como una marginada y perderé a Gabriel”.

“No hablaremos de eso”, dijo con firmeza. “Porque eso no va a suceder”. Frunció el ceño. “Oye, no le has mencionado esto a nadie, ¿cierto? Porque mi padre no debe descubrirlo. Las cosas entre nosotros aún no están lo suficientemente firmes. Y Clemency, por Dios, esto le rompería el corazón”.

“No”, dijo Caro de manera débil. “No se lo he dicho a nadie”.

“Mantengámoslo de esa manera”, exigió Lord March. “Y trata de no preocuparte. Todo se irá resolviendo, siempre es así”.

Capítulo once

Los puestos del mercado de COVENT GARDEN estaban guardando la mercancía; las cafeterías, las tabernas, los prostíbulos y los burdeles estaban repletos de un flujo constante de clientes que entraban y salían. Mientras Child se habría pasado entre la multitud, una muchacha delgada y pálida que vendía flores lo agarró de la manga. “¿Señor, me compra la cena por media guinea? Su amor me hará muy feliz”.

Si fuera así, pensó Child, recordando a su esposa, a Sophie Hardcastle y a cualquier otra mujer que se había cruzado en su camino, *tú serías la excepción a la regla*.

La entrada del bar Shakespeare 's Head se mantenía libre de la muchedumbre gracias a dos hombres corpulentos con abrigos. Le dieron a Child un largo vistazo, pero lo dejaron pasar. En la elegante taberna de caoba, caballeros bien vestidos estaban sentados bebiendo, riendo, fumando y hablando, muchos de ellos con rameras en sus piernas o agarradas del brazo. Este era el lugar donde *La lista de Harris* se elaboró y distribuyó, y las copias se vendían detrás de la barra. También era donde el Club de las Putas se reunía en una habitación del piso de arriba.

Un gigante con una oreja cortada y una mancha en la nariz vigilaba las escaleras. “Te dejaré subir por dos chelines y medio”, le informó a Child. “Pero si te echan es tu problema”.

Child subió las escaleras y el sonido de las risas estridentes de las mujeres se iba haciendo cada vez más fuerte. El descanso estaba lleno de rezagadas: rameras abanicándose y bebiendo ponche de ratafía. Child se iba disculpando mientras se abría paso entre ellas, provocando comentarios indignados y palabras vulgares.

En la habitación había una aglomeración de mujeres. Rubias, castañas, pelirrojas, algunas agradablemente rellenitas, otras pequeñas como niñas y otras tan altas como reinas Amazonas. Unos cuantos rostros exóticos sobresalían: un par de indias atractivas, una belleza morena y una chica de rostro blanco que se veía como si viniera de Japón.

Los ojos de Child se cruzaron con lazos, vuelillos y encajes; piel suave; senos firmes; mejillas con rubor y labios enrojecidos. Maldición, pensó. Toda una maldita tribu de ellas.

Una mujer en un trono de terciopelo tocó una campana de plata y la habitación se quedó en silencio. Tenía el cabello negro y la piel de marfil como una virgen italiana y la mirada penetrante de un vendedor de caballos en la zona de Smithfield. En la mesa junto a ella estaba sentada una ardilla con un collar de oro, comiendo almendras azucaradas de un plato de porcelana. La mujer le dio una calada prolongada a su pipa y el humo del hachís formó un espiral alrededor de su rostro. “Me llamo Amy Lainfame, presidenta del Club de las Putas. Esta reunión está en sesión. ¿Qué quieres?”

“Soy un cazarrecompensas”, se presentó Child, “estoy investigando el asesinato de Lucy Sinamor”.

Se produjo un murmullo entre las rameras y la presidenta tocó una vez más la campana, sobresaltando a su ardilla. “Lucy Sinamor no era un miembro de este club”.

“Solía serlo”, dijo Child. “Antes de que la echaran”.

Los ojos de la presidenta destellaron. “Eso es lo que pasa cuando rompes las reglas”.

“¿Qué reglas rompió?”

La presidenta se giró hacia el único otro hombre de la habitación: un muchacho de unos dieciséis años, sentado en un escritorio. “Héctor, prosigue con el siguiente punto”. Luego apuntó con su pipa a Child, “hora de irse”.

“Punto seis”, Héctor leyó desde su libreta de cuero con tono atrevido y petulante. “Distribución del fondo de emergencias de las putas”. El muchacho tenía el aspecto de un chico de enlace con un rostro angelical y cabellera rubia y despeinada. Muchas de las rameras más adineradas contrataban niños bonitos como él para iluminarles los caminos por las noches, ofreciéndoles un grado de protección a cambio de unos peniques y la oportunidad de conocer a pederastas ricos.

“Escuchen”, Child habló por encima de Héctor, dirigiéndose a las mujeres reunidas. “A Lucy la apuñalaron más de una docena de veces y murió ahogada en su propia sangre. Hay un monstruo allá afuera y cualquiera de ustedes podría ser la siguiente. ¿No quieren que lo atrapen?”

Se produjo otro murmullo por lo bajo; la presidenta tocó de nuevo la campana.

“Lucy conocía los riesgos”, dijo. “Ir a venderse al Vauxhall como un jade de dos peniques, ¿qué esperaba?”

Héctor le dio a Child una sonrisa ladeada. “Señor, nunca se sabe hasta que lo sabes, Sr. Cazarrecompensas, y en el momento que lo sabes, es demasiado tarde”.

“Si Lucy se estaba vendiendo en circunstancias peligrosas”, dijo Child, “fue porque había perdido todos sus clientes y ustedes tuvieron que ver con eso. Bonita manera de tratar a una de sus miembros, eso es lo que la gente está diciendo por las calles, preguntando por qué el Club de las Putas ni siquiera pagará por un funeral. Me sorprende que los periódicos no se hayan enterado todavía del papel de ustedes en esto. Sería una pena si alguien les contara”.

Child suponía que Orin Black contaba como una persona por las calles, incluso si estaba exagerando un poco el caso. Al Club de las Putas le importaba su reputación, pero si esperaba que su amenaza les haría cambiar de opinión, se equivocaba.

La presidenta frunció el ceño. “Este club tenía la razón en el asunto. Lucy había cumplido condena en la prisión de Bridewell y no por robar carteras. Ella había jugado el Juego del Anillo”.

Héctor hizo un círculo con sus dedos y luego lo deslizó por el índice de su otra mano. “¿Conoce el Juego del Anillo, Sr. Cazarrecompensas? Una triste historia en una oscura taberna, un anillo de oro a la venta . . .”

“¿Cambiado en el último momento por uno de similar o latón? Sí, lo conozco, en Deptford lo llamaban la Viuda Afligida”.

“Aquí en Londres, lo llamamos fraude”, dijo la presidenta. “Y cualquier crimen superior al robo de carteras está en contra de nuestras reglas de membresía. Nuestra buena relación con los de Bow Street depende de ello”.

“¿Cómo se enteraron sobre su delito?”, preguntó Child.

“Una carta anónima de una parte interesada. Confrontamos a Lucy y ella lo admitió. Se realizó una votación y el veredicto fue unánime”.

“Si”, alguien gritó, “ella ya había tenido suficientes oportunidades”.

Child se giró rápidamente para encontrar a la mujer que había hablado, era una de las indias atractivas. “¿Por qué dice eso?”

Ella solo sonrió.

La presidenta acarició a su ardilla, apuntándolo de nuevo con su pipa. “Así que dígame a los periódicos lo que quiera. Todo lo que hicimos fue proteger al público de una prostituta mentirosa y calculadora. Que alguien llame a Crispin, él tiene que irse”.

“Solo un minuto más”. Child hizo un gesto conciliador con sus manos. “Me gustaría hablar con una chica llamada Kitty, si es que está acá. Alguna vez fue amiga de Lucy e independientemente de sus diferencias, estoy seguro de que le gustaría ayudar a encontrar al asesino”. Echó un vistazo al grupo de putas; los ojos de las mujeres se fijaron en una ramera pelirroja con piel pecosa. “¿Es usted Kitty?”

Ella agitó un abanico de seda al frente de su rostro. “Por cinco guineas llámame como quieras”.

No estaba llegando a ningún lado y las putas estaban disfrutando de ello. “Fuera”, algunas de ellas comenzaron a corear. “Fuera. Fuera. Fuera”.

Child levantó la voz y sus mejillas se enrojecieron. “¿Y un soldado con una casaca roja y una cicatriz? ¿Lo vio alguien alguna vez con Lucy? Él la abordó en la calle y pudo haberla atacado antes”.

La multitud en la habitación pareció enfurecerse al mismo tiempo. Vio labios fruncidos y miradas malhumoradas. Ellas conocían al hombre, Child estaba seguro de eso. Los cánticos se hicieron más altos. “Fuera. Fuera. Fuera”. Alguien lanzó un damasco que golpeó su pecho, luego se agachó para esquivar un puñado de almendras azucaradas y apeló a la pelirroja otra vez: “¿Es usted Kitty?”

Ella solo se rio. La presidenta tocó la campana con más fuerza y la ardilla saltó desde la mesa derribando su copa de ponche. La cadena de oro adherida a su collar estaba asegurada a un brazalete en el brazo de la presidenta. Ella no había notado el sufrimiento de la criatura que colgaba allí ahogándose. Héctor se levantó para ayudar a la ardilla, chocando con Child al hacerlo, al mismo tiempo que el gigante con la oreja cortada atravesaba la puerta.

“Crispin, le he pedido a este moscardón que se vaya”.

Child apeló a la mujer una última vez. “Este soldado pudo haber matado a Lucy, ella fue alguna vez una de ustedes, no entiendo por qué no quieren ayudarme”.

Mientras miraba sus rostros hostiles, el gigante lo agarró por el cuello, llevándolo de manera brusca a través de la multitud que coreaba. Empujó a Child por las escaleras y lo sacó por la puerta de la taberna, en donde le brindó un amable consejo: “¿Sabes cómo se hace el vino? Se aplastan las uvas con los pies. Vuelve en cualquier momento y convertiré tu cara en vino clarete”.

Capítulo doce

UN RECIPIENTE CON agua tibia se encontraba en la mesa del escritorio de marquetería pulida de Caro. Ella estaba limpiando con un pincel la suciedad del anillo que había encontrado en el Vauxhall. Miles había cerrado las cortinas ante la oscuridad de las calles de Mayfair, pero una corriente de aire soplaba desde alguna parte y las llamas de las velas bailaron. Gabriel estaba jugando a sus pies en la alfombra turca, construyendo torres inestables con bloques pintados.

La piedra del anillo era roja y ovalada, un granate, concluyó, y estaba tallada con el rostro de una mujer que estaba de perfil. La piedra se movió bajo el pincel, como si comenzara a soltarse, pero cuando Caro la examinó más de cerca, se dio cuenta de que la piedra estaba diseñada para girar sobre un pasador de oro. Al darle toda la vuelta, vio que en el reverso de la piedra estaba tallada la cabeza de una cabra. Era extraordinario, nunca había visto algo como eso.

Las velas parpadearon de nuevo y las sombras saltarinas llamaron la atención de Gabriel. “Monstruo, mamá, monstruo”.

El anillo se veía centenario, pesado y exótico, y se sentía frío en su palma. Sin embargo, una de las marcas de aquilatamiento grabadas en el cuerpo del anillo, una figura de Britania³ sentada, indicaba que se había hecho en las costas británicas. Las marcas de aquilatamiento restantes, aquellas que representaban al joyero y la fecha de fabricación, eran un misterio para Caro y decidió llevar el anillo a su propio joyero en la mañana.

³ Boudica fue una reina guerrera celta que luchó contra los romanos, conocida también como Britania.

Las velas se difuminaron frente a sus ojos. Lord March se iba a casar con Clemency Howard. Sin embargo, su dolor no era por él, sino que por ella misma y su situación. Que tonta había sido al pensar que la iba a apoyar, él se había preocupado más por su maldito padre que por ella o el niño. La humillación luchaba con la ira, pero ninguna de las dos le serviría ahora y se obligó a confrontar los hechos desagradables.

El correo de la tarde no había traído ninguna carta de Harry. Pronto le quedarían pocas opciones. Esperar y pedir misericordia cuando él regrese de Francia, o actuar.

Te puedo ayudar, querida Caro, si tan solo me lo permites.

Fueron las palabras de Lucy, o Lucia, cuando había estado en el baile de máscaras en la mansión Carlisle House, cuatro noches atrás. Caro recordó los acordes de la orquesta, el vaivén de la conversación y el golpeteo de los dados. En ese entonces, como ahora, todo en lo que podía pensar era en Harry y Lord March. La misteriosa ausencia de su esposo y la negativa de su amante a responder sus cartas le había apagado cualquier deseo de bailar o jugar. Estaba distraída en una conversación, mientras miraba a los corpulentos cupidos jugueteando con las lecheras maduras que estaban al otro lado del salón de baile. También había arlequines y dominós⁴; sultanes y vírgenes vestales, y caminando entre ellos, una dama con una media máscara negra y dorada, que atraía la mirada de cada caballero en la habitación. Era misteriosa y enigmáticamente exótica, vestía un tocado de encaje negro con plumas a juego y enaguas de crepé dorado debajo de más encaje negro. Curiosa por su identidad, Caro había seguido sus pasos a través del salón de baile, hasta que la mujer bajó su máscara por un momento como si buscara a alguien entre la multitud, y entonces reconoció a Lucia. La indignación luchó con la alegría, y casi envió a un sirviente. Pero al recordar cómo se había sentido cuando Lucia había regresado a Nápoles sin despedirse, sólo pidió otra copa de ponche.

Sin embargo, un poco más tarde, cuando alguien le tocó el hombro y se giró para ver a Lucia sonriendo ampliamente, ella misma no había podido resistirse a sonreír.

⁴ Traje talar con capucha, que ya solo tiene uso en las funciones de máscaras (Definición 3 de la RAE).

“Querida Caro”, había dicho Lucia en ese ronco acento italiano, el que ahora Caro sabía que era un fraude, “¿podrás perdonarme alguna vez por abandonarte? Oh, como te he *extrañado*”.

Aquello había resuelto bastante el asunto. Habían conversado por una hora entre copas de vino: sobre los eventos en Nápoles, el viaje de Harry a Francia y los planes de Lucia durante su estadía en Inglaterra. “Este ruido, este calor”, había mencionado Lucia finalmente. “¿Podemos ir a un lugar más tranquilo?, ¿los jardines, quizás?”

Sintiendo que se desmayaba, Caro había aceptado enseguida. Sin embargo, mientras caminaban por el salón de baile, la balanza de sus náuseas se había inclinado repentinamente. Apretando una mano en su boca, corrió hacia un pasillo alcanzando el baño justo a tiempo. Lucía entró detrás de ella, viendo todo su malestar. A pesar de las protestas avergonzadas de Caro, ella se había hecho cargo de la situación: aflojando su corsé, acariciando su espalda y su cabello. Después, había guiado a Caro a un vestidor que tenía una silla, luego desapareció y volvió con agua y una esponja. Un poco agitada por el incidente y abrumada por la amabilidad de Lucia y su propia desolación, Caro se había echado a llorar.

“Todo está bien”, dijo Lucia, abrazándola mientras sollozaba. “¿Cuál es el problema? Puedes decirme cualquier cosa, dulce Caro”.

Lo que solo hizo que sollozara con más ganas.

“¿Es posible que esperes un evento feliz?, preguntó Lucia. “Mi hermana es igual siempre. Las inundaciones vendrán, pero las nubes se irán. Triste en el vientre, feliz en el ambiente, eso es lo que digo”.

Caro se había alejado con la mirada horrorizada. ¿Cómo se había enterado? Ella no tenía tanto tiempo, solo se había atrasado un ciclo y no había nada que lo indicara aún, salvo por una pequeña hinchazón. Algunas mujeres ni siquiera pueden reconocer los signos en ellas mismas y, sin embargo, Caro sabía con la misma seguridad que había sabido de Gabriel.

“Es simplemente una ostra en mal estado. Por favor, no digas nada de esto”.

“Me equivoqué”. Pero un poco después, mientras Caro estaba arreglando su vestido, Lucia le dio una mirada larga y perspicaz. “Debe ser solitario, tu esposo ha estado en el extranjero estos últimos meses. Tal vez ¿eso ha contribuido en una pequeña parte a tu angustia?” Le dio otra mirada que estaba llena de un significado implícito. “¿Quizás te gustaría que todo desaparezca?, ¿tu malestar?, ¿tu ansiedad? Solo tienes que decirlo y me callaré para siempre, pero te puedo ayudar, querida Caro, si tan solo me lo permites”.

Mirando a sus pequeños ojos café, Caro se había sorprendido por su honestidad, lo que era irónico, teniendo en cuenta todo lo que ella sabía ahora. Quizás fue el vino o la amabilidad de Lucia, o la simple desesperación; solo una única palabra salió de sus labios: “¿Cómo?”

“Conozco a un boticario que prepara una infusión particular. Tiene sus riesgos, algunas mujeres reaccionan a la hierba de manera muy diferente que otras, pero funciona la mayoría de las veces. Te lo podría traer mañana en la noche, ¿dónde vas a estar?”

Caro respiró profundamente, lo que Lucia proponía era algo muy diferente a los baños de agua caliente y el gin. “Todavía tengo tiempo, creo. Espero que Harry llegue a casa cualquier día de estos”.

“Una contingencia, entonces”, dijo Lucia. “En caso de desastre”.

El desastre era a lo que le temía, cada minuto de cada día y, sin embargo, aquí estaba Lucia ofreciéndole una luz de esperanza. “Estaré en los Jardines de Vauxhall”, dijo Caro de manera precipitada. “¿Podríamos encontrarnos en la Rotonda a las diez en punto?”

“En la Rotonda no”, respondió Lucia. “Encuétrame en las glorietas. Será más privado en ese lugar y podemos hablar de nuestros problemas”.

Ella había discutido un poco, pero Lucia había sido insistente y, por miedo a que se enojara, Caro había aceptado. Ahora se preguntaba ¿por qué Lucy Sinamor, una prostituta, se había tomado la molestia de ayudarla? Un acto de amabilidad, de una mujer a otra que estaba enfrentando la ruina, que había llevado a Lucy a la glorieta donde había perdido la vida.

Recordó el rostro pálido de la mujer moribunda y la mutua desesperación. *Él lo sabe.* Por un breve momento, en la noche del asesinato, un miedo terrible se había apoderado de Caro; el que esas palabras se hayan referido a su propio secreto. Sin embargo, en la luz racional del día al evocar la escena de manera tan vívida, había descartado esa teoría. Estaba segura de que las palabras de Lucy no habían sido pronunciadas con ánimo de advertencia, sino que como un último esfuerzo desesperado para entregar información sobre su asesino. El secreto de Caro estaba a salvo, al menos por el momento, pero cada tictac del reloj la acercaba más a la desesperación.

Dios sabe que a Harry le quedaban pocas ilusiones sobre su matrimonio, pero esto seguramente incumplía cualquier acuerdo implícito que regía su unión problemática. Incluso pensar en las consecuencias del divorcio hacía que su garganta se cerrara y que su estómago se revoliera. Iba a perder su hogar y el dinero de la herencia en manos de Mordechai, aunque su hermano no dejaría que muriera de hambre, pero querría que se fuera, desterrada de Londres, encerrada en el campo por el resto de sus días; y su nombre sin mencionar en la sociedad, borrado de la existencia.

Tomando un llavero de su alforja abrió uno de los cajones superiores del escritorio y al sacarlo por completo lo colocó encima de este. Extendiendo la mano dentro de la cavidad del cajón, encontró una tabla de roble metida al ras del costado. La sacó y, al hacerlo, apareció un segundo cajón secreto. En este último compartimiento yacía una pequeña botella de vidrio. Caro la había encontrado en la alforja de Lucy y la arrebató del cuerpo moribundo, incluso en medio de su horror, incluso cuando había usado su capa para detener la sangre de Lucy.

¿Era su salvación o su condena? No había forma de estar segura. Lucy había hablado seriamente de los riesgos: ictericia, temblores, ambos podrían durar toda la vida; otros problemas al hígado; hemorragia; muerte. Posiblemente un acto de suicidio como también de asesinato.

También estaba la cuestión moral. La Iglesia afirmaba que era el pecado más grave, sin embargo, también decía muchas cosas y no todas eran inteligentes. Era un tema de supervivencia, se dijo a sí misma. Una necesidad, no una elección. Una mujer tenía que ser implacable en su propia defensa.

Sin embargo, Harry aún podría regresar a tiempo. Los bebés se adelantan y a menudo sobreviven. El plazo podría causar sorpresa, pero si era posible, era negable.

Una semana, decidió, no más que eso. Dejando la botella en el compartimento, lo cerró y volvió a colocar el cajón exterior. Gabriel estaba masticando uno de sus bloques y Caro se agachó para sacarlo de su boca. “Mamá”, dijo, “cuando esté muerto, ¿se cerrarán mis ojos?”

Su rostro era moreno como un cuesco de ciruela. Él tenía la tez de su esposo y la sonrisa de los Corsham. Harry no querrá alejarte de mí, pensó, pero nunca te dejaría ir. La idea de perder a su hijo por sobre todo lo demás era difícil de soportar. Ella lo agarró contra su pecho y presionó su mejilla en el suave cabello negro del niño.

Capítulo II: Trabajo de investigación

Resumen

La presente investigación estudia la traducción de los referentes culturales del libro *Daughters of Night* de Laura Shepherd-Robinson, con el fin de clasificarlos y determinar las técnicas de traducción utilizadas. Para ello, en el corpus se elaboró una tabla en la que se clasificaron los ejemplos y se presentaron las técnicas de traducción. Los datos obtenidos se cuantificaron y se graficaron de manera general y específica, con los casos del corpus, y se tabularon las distintas áreas de clasificación de los ejemplos. Los resultados arrojaron que, debido a la gran cantidad de ejemplos de referentes culturales, es posible clasificarlos en todas las categorías temáticas. Además, la amplia variedad de áreas de clasificación está relacionada con la cantidad de ejemplos. Con respecto a las categorías temáticas, las de *Cultura material* y *Universo social* son las que presentan más casos. En cuanto a las técnicas de traducción, la más utilizada es la del equivalente acuñado, aunque no se encontró una única tendencia para abordar estos elementos.

Palabras clave: referentes culturales, cultura, técnicas de traducción, traducción literaria, novela histórica, inglés, español.

Abstract

This research studies the translation of cultural references from the book *Daughters of Night* by Laura Shepherd-Robinson, with the aim of classifying them and determinate the translation techniques applied. In order to do this, a table was elaborated in the corpus, in which selected examples were classified and the translation techniques were presented. The data obtained was quantified and charted generally and specifically, with the cases from the corpus, and the different areas of classification of the examples were tabulated. The results revealed that due to the large number of examples of cultural references, it is possible to classify them in every thematic category. Thus, the wide variety of areas of classification is it related to the amount of cases. Regarding the thematic categories, *Material culture* and *Social universe* are the two with the most cases. Concerning the translation techniques, the most used is coined equivalence, although no single trend was found for dealing with these elements.

Keywords: cultural references, culture, translation techniques, literary translation, historical novel, English, Spanish.

1. Introducción

La cultura es un concepto complejo pero importante, debido a que describe las cualidades y características de un grupo social. Por ende, traducir la cultura o los referentes culturales, en la literatura, ha sido un tema constante de investigación. Es por esto que el traductor debe contar con ciertas competencias para hacer frente a los desafíos que pueden presentar estos elementos.

Por lo tanto, el fundamento para la elección de este tema tiene que ver, por un lado, con la dificultad que presentó la traducción de los referentes culturales y, por otro, con la abundancia de estos en la misma obra. También es importante destacar que entre las integrantes existe un interés por la literatura y su traducción. Debido a lo anterior, el objetivo de este estudio se centra en la traducción de los referentes culturales del inglés al español en el libro *Daughters of Night* de Laura Shepherd-Robinson.

En la primera parte de este trabajo, se presenta el aspecto teórico del estudio, como el objeto y los objetivos del mismo, el marco teórico y la metodología que está dividida en dos partes. Por un lado, la metodología de la investigación para la traducción de los referentes culturales y, por el otro, la metodología que se aplicó en este trabajo de investigación.

En la segunda parte, se señala el aspecto más práctico, como el corpus de los casos relevantes con sus respectivas traducciones, categorías temáticas, áreas y técnicas de traducción. Además, se exponen los resultados en forma de gráficos y tabla de manera general y específica con su conclusión de manera individual.

Por último, se encuentran las reflexiones finales en las que se discute sobre las dificultades de traducir los referentes culturales, las técnicas de traducción y sobre el trabajo de investigación que debe realizar el traductor, un tema no muy explorado.

2.Sobre la autora del libro

Laura Shepherd-Robinson nació en Bristol en 1976. Trabajó en política durante casi veinte años para luego completar un máster en escritura creativa en la City University. La novela con la que debutó fue *Blood and Sugar* en el 2019, con la que ganó varios premios y reconocimientos. Su segunda novela *Daughters of Night* fue publicada en febrero de 2021 y la destacaron como novela del año en *The Times* y *The Guardian*.

3.Objeto de estudio

Estudio de la traducción de referentes culturales, específicamente los que reflejan la época, en los capítulos 1 al 12 de la novela histórica *Daughters of Night* escrita por la autora Laura Shepherd-Robinson.

4.Objetivos de la investigación

- Identificar los referentes culturales en la novela histórica *Daughters of Night* de la autora Laura Shepherd-Robinson.
- Seleccionar los referentes culturales más representativos de la época en la que está ambientada la novela.
- Determinar las categorías y áreas a las que pertenecen.
- Establecer las técnicas de traducción utilizadas en cada uno de los referentes seleccionados.

5. Marco teórico

5.1 Traducción

La traducción es una actividad comunicativa compleja en la que se ven involucrados dos o más idiomas, pero que además implica el intercambio de culturas. Existen diferentes definiciones para el término “traducción”, por ejemplo, Peter Newmark (1988) en su libro *A Textbook of Translation* lo define como “often, though not by any means always, it is rendering the meaning of a text into another language in the way that the author intended the text”. (p. 5)

Por otro lado, Nida y Taber (1982) en su libro *The Theory and Practice of Translation* lo definen como “translating consists in reproducing in the receptor language the closest natural equivalent of the source-language message, first in terms of meaning and secondly in terms of style”. (p. 12)

Además, dentro de la traducción existen distintas áreas que se pueden abordar como, por ejemplo, la traducción técnica, legal, científica, literaria, entre otras. En virtud de la investigación, el enfoque estará puesto en la traducción literaria.

5.2 Traducción literaria

La traducción literaria es muy particular y se diferencia de otras traducciones por los tipos de textos que se abordan y las características propias de estos, con respecto a esto último, Amparo Hurtado *et al.* (2001) afirman lo siguiente:

En efecto, en los textos literarios se da un predominio de las características lingüístico-formales (que produce la sobrecarga estética), existe una desviación respecto al lenguaje general y son creadores de ficción. Además, los textos literarios se caracterizan porque pueden tener diversidad de tipos textuales, de campos, de tonos, de modos y de estilos. Así pues, pueden combinar diversos tipos textuales (narrativos, descriptivos, conceptuales, etc.), integrar diversos campos temáticos (incluso de los lenguajes de especialidad), reflejar diferentes relaciones interpersonales, dando lugar a muchos tonos textuales, alternar modos diferentes (por ejemplo, la alternancia en la narrativa entre narración y diálogo) y aparecer diferentes dialectos (sociales, geográficos, temporales) e idiolectos. Otra característica fundamental es el hecho de que los textos literarios suelen estar anclados en la cultura y en la tradición literaria de la cultura de partida, presentando, pues, múltiples referencias culturales. (p. 63)

Por ende, la traducción literaria tiene cierta complejidad y debido a esto el traductor necesita un vasto conocimiento del texto de origen, “especialmente si el traductor tiene que fijar significados indirectos, connotaciones, humor, figuras estilísticas, frases irónicas y referencias culturales o sociales”. (Gil de Carrasco, 1999).

5.3 Competencias del traductor literario

Debido a las características de los textos, el traductor literario debe cumplir con ciertas competencias, con respecto a esto Gonzalo García y García Yerba (2005) explican que el traductor debe contar con la capacidad de lectura, interpretación y análisis de estos tipos de texto y de esta forma poder traducirlos a otro idioma y contexto sociocultural. Además, los autores consideran que los traductores deben tener un amplio conocimiento literario, retórico y cultural, y otras destrezas relacionadas con las funciones de los textos como, por ejemplo, la redacción, la puntuación, los aciertos en las expresiones, etc.

Otra de las competencias a considerar según Gonzalo García y García Yerba es la *competencia documental* que se refiere a los conocimientos, destrezas y actitudes para utilizar, manejar y tratar la información, y de esta manera resolver los problemas que tienen que ver con la documentación al momento de un encargo de traducción literaria, ya que muchas veces el éxito del quehacer traductor depende si se utiliza correctamente esta información. (Gonzalo García y García Yerba, 2005).

Es por esto que el traductor necesita desarrollar esta competencia en diferentes niveles, García *et al.* presentan la siguiente clasificación:

Tabla 1. Niveles de adquisición de la competencia documental del traductor

NECESIDAD DE LA COMPETENCIA DOCUMENTAL DEL TRADUCTOR	
● NIVEL INFORMATIVO	Conocimiento y uso de fuentes de información generales y especializadas.
● NIVEL PROCEDIMENTAL	Conocimiento y uso de sistemas, métodos y estrategias de búsqueda documental.

<ul style="list-style-type: none"> ● NIVEL TECNOLÓGICO 	<p>Conocimiento y uso de las TIC y de los instrumentos tecnológicos de apoyo a la comunicación interlingüística.</p>
<ul style="list-style-type: none"> ● NIVEL EVALUATIVO 	<p>Conocimiento y aplicación de criterios de evaluación de información digital.</p>
<ul style="list-style-type: none"> ● NIVEL PROFESIONAL 	<p>Conocimiento del mercado laboral y de la realidad profesional para desenvolverse con éxito en el trabajo.</p>

Fuente: Manual de la documentación para la traducción literaria (2005)

Para un mejor entendimiento del cuadro, se entregará una síntesis de cada nivel.

1. **Nivel informativo:** en este nivel se clasifican las fuentes de información según el tema que tratan, la información a la que remiten, la cobertura geográfica y el tipo de formato.
2. **Nivel procedimental:** en este nivel se debe aprender a manejar los sistemas de información que se tienen al alcance y se debe estar capacitado para crear estrategias de búsqueda con el propósito de localizar información de calidad en poco tiempo.
3. **Nivel tecnológico:** en este nivel se debe estar al día con la revolución técnica, aprovechar el potencial que da el Internet y manejar diversas herramientas vinculadas a la profesión (por ejemplo, programas de edición de textos, de gestión de la documentación y de apoyo a la traducción).
4. **Nivel evaluativo:** en este nivel se debe tener la capacidad de diferenciar la información encontrada y su fuente de procedencia, es decir, si es confiable y fidedigna o no; esto debido a la falta de control informativo.

5. Nivel profesional: en este nivel se debe conocer todos los matices de la profesión, es decir, conocimiento de las herramientas utilizadas, los plazos, las tarifas recomendadas, los contratos, especializaciones, etc.

Los niveles abarcan tanto la gestión de la información como el manejo de las distintas herramientas a disposición para la investigación, con respecto a esto los autores continúan “así pues, podemos afirmar que la competencia documental de un traductor de textos literarios tiene que ver, específicamente, con su capacidad para gestionar la documentación pertinente en función de sus necesidades y demandas informativas y del tipo de información a la que le remiten las fuentes”. (p. 158)

Sin embargo, es importante recalcar que, a pesar de que el traductor alcance todas las competencias anteriormente nombradas, será difícil representar todas las características del texto original y las intenciones del autor, pero no cabe duda de que parte del quehacer del traductor literario es el de llegar lo más cerca posible al original. Con respecto a lo anterior Landers (2001) señala lo siguiente:

Consider some of the capabilities that the literary translator must command: tone, style, flexibility, inventiveness, knowledge of the SL culture, the ability to glean meaning from ambiguity, an ear for sonority, and humility. Why humility? Because even our best efforts will never succeed in capturing in all its grandeur the richness of the original. (p. 8)

5.4 Novela histórica

Dentro de la literatura se encuentran varios géneros narrativos, desde el romance hasta el terror, cada una con sus características particulares y con sus desafíos para el traductor. La novela histórica es un subgénero del género narrativo que se destaca por sus relatos ficticios ambientados en épocas pasadas reales, lo que incluye la cultura, la vestimenta e incluso algunos hechos históricos.

En su obra *Antología de la novela histórica española (1830-1844)* F. Buendía (1963) comenta: “Definir la novela histórica en un sentido estricto supone decir de ella sencillamente que desarrolla una acción novelesca en el pasado; sus personajes principales son imaginarios, en tanto que los personajes históricos y los hechos reales constituyen el elemento secundario del relato”. (pp. 16-17)

Algunos autores consideran que este tipo de novela debe contener algunas normas mínimas como, por ejemplo, debe estar ambientada en un contexto histórico bien documentado, además, los personajes pueden ser tanto históricos como inventados pero los acontecimientos que viven deben ser reales o ficticios y que resulten creíbles. También, otro rasgo importante es el conocimiento suficiente sobre la época y los personajes, lo que evitará cometer errores a la hora de describir vestimenta, monedas, etc. (Salvador Miguel, 2001)

5.5 Cultura

Antes de describir los referentes culturales es importante determinar el concepto de “cultura”. A lo largo de la historia se le han dado diversas definiciones y una de las más simples es la que entrega la RAE (2021, definición 3), que la explica como “Conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época, grupo social, etc.”. Por ende, la cultura es única en cada sociedad. Sin embargo, el antropólogo E.B. Tylor (1871), en su obra *Cultura Primitiva*, entrega una definición mucho más completa y que se sigue utilizando hasta el día de hoy:

la cultura o civilización en sentido etnográfico amplio, es ese todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre en un cuanto miembro de una sociedad. (p. 1)

Otra definición bastante acertada es la que entrega Franz Boas (1964) en su libro *Cuestiones fundamentales de antropología cultural*, donde explica lo siguiente:

Puede definirse la cultura como la totalidad de las reacciones y actividades mentales y físicas que caracterizan la conducta de los individuos componentes de un grupo social, colectiva e individualmente, en relación a su ambiente natural, a otros grupos, a miembros del mismo grupo y de cada individuo hacia sí mismo.

(p. 166)

Una vez definido el concepto de “cultura”, es momento de abordar el motivo de estudio de esta investigación, el referente cultural.

5.6 Referente cultural

Hay muchos autores que describen lo que es un referente cultural, sin embargo, cada uno de ellos le entrega un nombre diferente como, por ejemplo, “palabra cultural”, “culturema”, etc. Es por ello que para entregar un sentido completo del concepto es importante considerar todas estas definiciones. Las “palabras culturales” según Peter Newmark (2010) son palabras o expresiones de una sociedad en particular, por ende, no son de uso universal y que, además, suelen presentar problemas al momento de la traducción a menos que exista un “solapamiento cultural” entre la lengua de origen y la lengua meta. (p. 133)

Para Nord (1997) esto corresponde al concepto de “culturema”, el que define de la siguiente manera:

A cultureme is a social phenomenon of a culture X that is regarded as relevant by the members of this culture and, when compared with a corresponding social phenomenon in a culture Y, is found to be specific to culture X. (p. 34)

En base a la definición de Nord, Molina Martínez (2001), en su tesis doctoral, crea una definición nueva para el término culturema y explica que es “un elemento verbal o paraverbal que posee una carga cultural específica en una cultura y que, al ser transferido a otra cultura, puede provocar una transferencia nula o distinta al original”. (p. 89)

Por ende, tanto Newmark como Nord y Molina Martínez concuerdan en que el referente cultural es específico y relevante para una cultura determinada. Para complementar las definiciones anteriores se podría agregar que los referentes culturales son:

Any kind of expression (textual, verbal, non-verbal or audiovisual) denoting any material, ecological, social, religious, linguistics or emotional manifestation that can be attributed to a particular community (geographic, socio-

economic, professional, linguistic, religious, bilingual, etc.)
and would be admitted as a trait of that community by
those who consider themselves to be members of it.
(Davies y Scott-Tennent, 2005, p. 166)

Sin embargo, estos elementos culturales también tienen funciones dentro del texto que facilitan la comprensión del lector sobre la historia y los personajes. Con respecto a esto, Santamaria (2001) menciona que “culturemes clearly perform a referential function that helps readers enlarge their knowledge about the fiction characters and settings authors portray. In this sense, authors make use of CRs to help readers to form certain mental representations about their characters”. (p. 2)

5.7 Categorización de los referentes culturales

Los referentes culturales se suelen categorizar para tener un mayor entendimiento de estos y para determinar los posibles problemas que puedan llegar a generar, dependiendo del tipo de referente. Esto facilita su estudio y la comprensión de las posibles soluciones.

Entre los autores que entregan una clasificación de estos elementos se encuentra Nida (1945) que en su artículo *Linguistics and Ethnology in Translation- Problems*, establece cinco categorías principales: “(1) ecology, (2) material culture, (3) social culture, (4) religious culture, and (5) linguistic culture”. (p. 196), sin embargo, el autor sólo entrega una explicación de cada categoría, pero no profundiza más allá con respecto a subcategorías u otros aspectos culturales.

Por esta razón Newmark (2010), basándose en el trabajo de Nida, crea su propia categorización con subcategorías y considera otros aspectos como “gestos y hábitos”. Además, crea otras categorías como la de “organizaciones”, colocando la cultura religiosa dentro de esta, y deja fuera “linguistic culture” de Nida, pues el autor explica que no considera el lenguaje como un componente y rasgo de la cultura, ya que esto haría que la traducción fuera imposible. (p. 134)

Por ende, su categorización es la siguiente:

1) *Ecología*

Flora, fauna, vientos, llanuras, colinas: “siroco”, “tundra”, “taiga”, *tabuleiros*, “sabana”, “pampa”, “selva”.

2) *Cultura material* (objetos, productos, artefactos)

a) Comida y bebida: *sake*, *gaipiriña*, “cuscús”.

b) Ropa: *parka*, “anorak”, “tanga”, *kufia*, “chilaba”, *dhoti* (india).

c) Casas y ciudades: “chalet”, “bungalow”,
“patio”, *jaima*.

d) Transporte: “cabriolet”, “tílburí”.

3) *Cultura social*: trabajo y recreo

“Rock”, *mizmar* (especie de trompetilla en árabe), *reggae*.

4) *Organizaciones, costumbres, actividades, procedimientos, conceptos*

a) Políticos y administrativos

b) Religiosos: *karma*, “templo”.

c) Artísticos

5) *Gestos y hábitos*

“Escupir”, “hacer burla de uno con la mano”. (p. 135)

Newmark y Nida son considerados autores principales en cuanto a la categorización de los referentes culturales y sus obras son una base importante para estudios e investigaciones de este tema. Sin embargo, en virtud de este trabajo es necesario contar con categorías mucho más completas y que consideren estudios de otros autores. Es por ello que se utiliza el aporte de Paula Igareda (2011) en su artículo *Categorización temática del análisis cultural: una propuesta para la traducción*, en el que se presenta una tabla completa con categorías según el área y subcategorías, con base en Nida, Newmark y otros autores.

La tabla es la siguiente:

Tabla 2. Categorías para el análisis de los referentes culturales en la traducción de textos literarios

Tabla 1 Categorías para el análisis de los referentes culturales en la traducción de textos literarios		
Categorización temática	Categorización por áreas	Subcategorías
1. Ecología	1. Geografía / topografía	Montañas, ríos, mares
	2. Meteorología	Tiempo, clima, temperatura, color, luz
	3. Biología	Flora, fauna (domesticada, salvaje), relación con los animales (tratamiento, nombres)
	4. Ser humano	Descripciones físicas, partes / acciones del cuerpo
2. Historia	1. Edificios históricos	Monumentos, castillos, puentes, ruinas
	2. Acontecimientos	Revoluciones, fechas, guerras
	3. Personalidades	Autores, políticos, reyes / reinas (reales o ficticios)
	4. Conflictos históricos	
	5. Mitos, leyendas, héroes	
	6. Perspectiva eurocentrista de la historia universal (u otro)	Historias de países latinoamericanos, los nativos, los colonizadores y sus descendientes
	7. Historia de la religión	
3. Estructura social	1. Trabajo	Comercio, industria, estructura de trabajos, empresas, cargos
	2. Organización social	Estructura, estilos interactivos, etc.
	3. Política	Cuerpos del Estado, organizaciones, sistema electoral, ideología y actitudes, sistema político y legal
	4. Familia	
	5. Amistades	
	6. Modelos sociales y figuras respetadas	Profesiones y oficios, actitudes, comportamientos, personalidades, etc.
	7. Religiones “oficiales” o preponderantes	

4. Instituciones culturales	1. Bellas artes	Música, pintura, arquitectura, baile, artes plásticas
	2. Arte	Teatro, cine, literatura (popular o aprendida)
	3. Cultura religiosa, creencias, tabús, etc.	Edificios religiosos, ritos, fiestas, oraciones, expresiones, dioses y mitología; creencias (populares) y pensamientos, etc.
	4. Educación	Sistema educativo, planes, elementos relacionados
	5. Medios de comunicación	Televisión, prensa, internet, artes gráficas
5. Universo social	1. Condiciones y hábitos sociales	Grupos, relaciones familiares y roles, sistema de parentesco, tratamiento entre personas, cortesía, valores morales, valores estéticos, símbolos de estatus, rituales y protocolo, tareas domésticas
	2. Geografía cultural	Poblaciones, provincias, estructura viaria, calles, países
	3. Transporte	Vehículos, medios de transporte
	4. Edificios	Arquitectura, tipos de edificios, partes de la casa
	5. Nombres propios	Alias, nombres de personas
	6. Lenguaje coloquial, sociolectos, idiolectos, insultos	<i>Slang</i> , coloquialismos, préstamos lingüísticos, palabrotas, blasfemias, nombres con significado adicional
	7. Expresiones	De felicidad, aburrimiento, pesar, sorpresa, perdón, amor, gracias; saludos, despedidas
	8. Costumbres	
	9. Organización del tiempo	
6. Cultura material	1. Alimentación	Comida, bebida, restauración (tabaco)
	2. Indumentaria	Ropa, complementos, joyas, adornos
	3. Cosmética	Pinturas, cosméticos, perfumes
	4. Tiempo libre	Deportes, fiestas, actividades de tiempo libre, juegos, celebraciones folclóricas
	5. Objetos materiales	Mobiliario, objetos en general
	6. Tecnología	Motores, ordenadores, máquinas
	7. Monedas, medidas	
	8. Medicina	Drogas y similares
7. Aspectos lingüísticos culturales y humor	1. Tiempos verbales, verbos determinados	Marcadores discursivos, reglas de habla y rutinas discursivas, formas de cerrar / interrumpir el diálogo; modalización del enunciado; intensificación; intensificadores; atenuadores; deixis, interjecciones
	2. Adverbios, nombres, adjetivos, expresiones	
	3. Elementos culturales muy concretos	
	4. Expresiones propias de determinados países	Proverbios, expresiones fijas, modismos, clichés, dichos, arcaísmos, símiles, alusiones, asociaciones simbólicas, metáforas generalizadas
	5. Juegos de palabras, refranes, frases hechas	
	6. Humor	

Fuente: Categorización temática del análisis cultural: una propuesta para la traducción (2011)

5.8 Técnicas de traducción

Otro de los aspectos a tratar en esta investigación son las técnicas de traducción utilizadas al momento de traducir los referentes culturales. Para ello, Amparo Hurtado (2001) presenta una propuesta de técnicas con ejemplos de Molina (1998, 2001) y Molina y Hurtado (2001). A continuación, se explica la propuesta de manera sintetizada:

- **Adaptación:** se sustituye un elemento cultural de la lengua de origen por uno de la lengua meta.
- **Ampliación lingüística:** se agregan elementos lingüísticos; esta técnica se suele utilizar especialmente en interpretación consecutiva y doblaje.
- **Amplificación:** se insertan especificaciones no formuladas en el texto de origen como, por ejemplo, información, nota del traductor, etc. Esta técnica abarca la explicitación de Vinay y Darbelnet.
- **Calco:** se traduce de manera literal una palabra o conjuntos de palabras extranjeras; puede ser léxico y estructural.
- **Compensación:** se coloca en otro lugar del texto traducido un elemento de información que no se ha podido introducir en el mismo lugar que aparece en el texto original.
- **Comprensión lingüística:** se resumen elementos lingüísticos; esta técnica es especialmente utilizada en interpretación simultánea y subtitulación.
- **Creación discursiva:** se crea una equivalencia efímera que es totalmente espontánea y fuera de contexto.
- **Descripción:** se describe la forma y/o función de un término o expresión.
- **Elisión:** se eliminan elementos de información del texto original.

- **Equivalente acuñado:** se utilizan equivalentes que están reconocidos por el diccionario o por uso lingüístico en la lengua meta. Esta técnica se corresponde con la equivalencia de Vinay y Darbelnet.
- **Generalización:** se emplean términos más generales o neutros.
- **Modulación:** se hace un cambio de punto de vista o de enfoque con respecto al texto original; puede ser léxico y estructural.
- **Particularización:** se usan términos más precisos o concretos.
- **Préstamo:** se incorpora un término o expresión de otra lengua sin traducir. Puede ser puro (sin ningún cambio) o naturalizado (adaptado fonéticamente en la lengua meta).
- **Sustitución (lingüística, paralingüística):** se reemplazan elementos lingüísticos por paralingüísticos (entonación, gestos) o viceversa.
- **Traducción literal:** se traduce palabra por palabra.
- **Transposición:** se hace un cambio de categoría gramatical entre el texto fuente y el texto meta.
- **Variación:** se modifican elementos lingüísticos o paralingüísticos que pueden afectar la variación lingüística como, por ejemplo, los cambios de tono textual, dialecto social, etc.

Este trabajo se basa en esta propuesta para analizar los elementos del corpus.

6. Metodología

En esta investigación la metodología se divide en dos partes, por un lado, se describe el proceso investigativo para traducir los referentes culturales de la novela *Daughters of Night* y, por el otro, se explica cómo se llevó a cabo el proceso para analizar el objeto de estudio y alcanzar los objetivos planteados.

6.1 Metodología de la investigación para la traducción de los referentes culturales

Para explicar la metodología de investigación que se utilizó para traducir los referentes culturales, se empleará la clasificación de niveles de la competencia documental de García *et al.* mencionado en el marco teórico.

Nivel informativo: en este nivel se pueden clasificar las fuentes informativas aplicadas para la documentación. En primer lugar, se utilizaron fuentes generales como búsquedas en buscadores y mapas en línea, pero principalmente fuentes especializadas como libros, diccionarios (monolingües y bilingües), foros y blogs formales sobre la época en la que está ambientada la novela. Con respecto a las fuentes bibliográficas, se aprovechó la nota histórica que la misma autora de la novela presenta en las últimas páginas de su obra. En cuanto a la cobertura geográfica todas las fuentes fueron internacionales y con formato en línea.

Nivel procedimental: en este nivel se hicieron búsquedas específicas en contexto al agregar información relevante de la obra, como el siglo, las ciudades o las calles, etc. También se buscaron imágenes de referencias, tanto en inglés como en español, para comprender de mejor manera el elemento cultural y para verificar el equivalente que se había investigado. Además, se usaron comillas para una búsqueda más especializada y

precisa. Cuando el término presentaba una dificultad más alta, por ejemplo, se encontraba poca información, la información era ambigua o no se encontraba con la metodología anterior, se buscaba el término dentro del mismo libro para comprobar si se volvía a mencionar en otro contexto que pudiera ayudar en su traducción.

Nivel tecnológico: en este nivel se pueden describir las ventajas del Internet que fueron aprovechadas para este trabajo. En primer lugar, los diccionarios, tanto monolingües como bilingües, para la búsqueda de un equivalente preciso y la comprensión del concepto en inglés. En segundo lugar, los recursos audiovisuales como documentales, videos informativos, series ambientadas en la época; para una mejor visualización del contexto histórico. También, es importante destacar el beneficio que da el Internet para encontrar libros, blogs, foros e incluso mapas actuales y de la época, tanto de ciudades como de áreas, lo que ayudó a precisar, entender y visualizar movimientos de personajes, indicaciones, direcciones e incluso geografía, con el objetivo de alcanzar una mejor traducción.

Con respecto a otras herramientas vinculadas a la traducción como, por ejemplo, las herramientas TAC, no fue posible utilizarlas ya que las integrantes de este trabajo no se encuentran en la misma zona geográfica. Sin embargo, se utilizaron otros recursos como, por ejemplo, la ofimática (Office) en la nube, plataformas de videoconferencias (Meet, Zoom) y aplicaciones de comunicación y mensajería (Telegram).

Nivel evaluativo: en este nivel se pueden explicar los criterios utilizados para la elección de las fuentes. Con respecto a los diccionarios, se prefirieron aquellos reconocidos como, por ejemplo, la RAE, Collins, Merriam Webster, The Free Dictionary, Cambridge y Educalingo, como también diccionarios especializados en *slang* como Urban Dictionary y para encontrar términos en contexto se utilizaron Linguee y Reverso. También se utilizó Wikipedia, sin embargo, siempre se corroboraron las referencias que se utilizaron en los artículos. Tanto los documentales como los videos informativos y las series tienen su origen en producciones británicas como, por ejemplo, Absolute History y BBC Two. Con

respecto a los blogs y foros, las fuentes eran especializadas en el país con el contexto de la época como, por ejemplo, *Janeaustenworld*. En cuanto a los libros, la búsqueda se basó en la nota histórica de la autora. Los mapas actualizados se encontraron en línea (Google Maps), y los de la época en blogs especializados como, por ejemplo, *Regencyhistory* un blog en línea especializado en el período de la regencia. Además, la autora facilita un mapa de Londres del siglo XVIII dentro de la misma obra. Finalmente, las imágenes encontradas como fuentes de información fueron recopiladas desde páginas web de museos, tiendas oficiales (muebles), etc.

Nivel profesional: en este nivel es importante destacar que, si bien, este trabajo es para la obtención del título de traductor, se conocen las herramientas utilizadas en la profesión y se respetaron los plazos para la entrega de la traducción.

6.2 Metodología del trabajo de investigación

En primer lugar, se identificaron los referentes culturales más relevantes para el estudio con la finalidad de tener una perspectiva general de los capítulos analizados y luego se graficaron los resultados, cumpliendo así con el primer objetivo.

Una vez identificados e ilustrados los casos totales se hizo un desglose de las categorías más predominantes, con sus respectivos gráficos, para un mejor entendimiento de estos.

En segundo lugar, para una mejor comprensión y análisis de los datos se eligieron 20 casos de los totales para el corpus, los que se consideraron más representativos de las 7 categorías de Paula Igareda presentadas en el marco teórico, y se hizo la siguiente tabulación:

Caso (Inglés)	Traducción (Español)	Categorías/ Áreas	Técnica de traducción
----------------------	-----------------------------	--------------------------	------------------------------

En la primera columna se presentó el referente cultural en inglés y en la segunda columna se entregó su traducción dada al español, cumpliendo así el segundo objetivo de la investigación.

En la tercera columna se identificaron las categorías y las áreas a las que corresponden los casos seleccionados y en la última columna se señalan las técnicas de traducción aplicadas en cada uno, en base a la propuesta de Amparo Hurtado.

Por último, una vez ordenados los datos en la tabla y analizados se procede a graficar las técnicas de traducción y las categorías predominantes en los casos seleccionados y a tabular las áreas relevantes en los casos del corpus, los que se muestran en los resultados.

7. Corpus

Caso (Inglés)	Traducción (Español)	Categorías/ Áreas	Técnica de traducción
What looked like a <u>duelling scar</u> cut through the outer edge of one of his eyebrows.	Lo que parecía ser <u>una cicatriz de duelo</u> atravesaba el borde exterior de una de sus cejas.	1. Ecología/ 4. Ser humano	Transposición
Many portraits adorned the study walls: <u>King George the Third</u> and his queen	Las paredes del despacho estaban decoradas con muchos retratos: <u>el rey Jorge III</u> y su reina	2. Historia/ 3. Personalidades	Equivalente acuñado
Lucy had served time in <u>Bridewell</u> .	Lucy había cumplido condena en <u>la prisión de Bridewell</u> .	2. Historia/ 1. Edificios históricos	Amplificación
The lad had the look of a <u>link-boy</u> .	El muchacho tenía el aspecto de <u>un chico de enlace</u> .	3. Estructura social/ 6. Modelos sociales y figuras respetadas	Equivalente acuñado
'We can only hope they don't think you were meeting that Jewish <u>lamplighter</u> .'	"Solo podemos esperar que no crean que te ibas a encontrar con ese <u>farolero judío</u> ".		
<u>The Runners</u> had used the Brown Bear as their headquarters for years	Durante años, <u>los policías</u> habían utilizado la taberna como su cuartel general	3. Estructura social/ 6. Modelos sociales y figuras respetadas	Generalización
King George the Third and his queen; the Prince of Wales; prominent politicians, both <u>Whig and Tory</u>	el rey Jorge III y su reina; el príncipe de Gales; políticos importantes, tanto del <u>Partido Liberal</u> como del <u>Conservador</u> ,	3. Estructura Social/ 2. Política	Equivalente acuñado

<p>'<u>Harris's List</u>. A guide to London's leading prostitutes.'</p>	<p>"<u>La lista de Harris</u>, una guía de las principales prostitutas de Londres"</p>	<p>4. Instituciones culturales/ 2. Arte</p>	<p>Traducción literal</p>
<p>Her manicured finger underscored the book's secondary title. '<u>Virtue Rewarded</u>.'</p>	<p>Sus uñas bien cuidadas señalaban el título secundario del libro, "<u>La virtud recompensada</u>".</p>	<p>4. Instituciones culturales/ 2. Arte</p>	<p>Equivalente acuñado</p>
<p>Not quite a <u>penny bunter</u>, but she wasn't far off it.</p>	<p>No era exactamente una <u>mujer rastrera y pobre</u>, pero no estaba lejos de eso.</p>	<p>5. Universo Social/ 6. Lenguaje coloquial</p>	<p>Descripción</p>
<p>Then she fell foul of the <u>Whores' Club</u> – they threw her out.</p>	<p>Luego, se metió en problemas en el <u>Club de las Putas</u> y la echaron.</p>	<p>5. Universo Social/ 1. Condiciones y hábitos sociales</p>	<p>Traducción literal</p>
<p>Except Lucia wasn't Lucia, she was <u>Lucy Loveless</u>.</p>	<p>Excepto que Lucia no era Lucia, sino que <u>Lucy Sinamor</u>.</p>	<p>5. Universo social/ 5. Nombres propios (Alias)</p>	<p>Calco</p>
<p>Lord March is a <u>peer of the realm</u>. Heir to the earldom of Amberley. Do you imagine you could walk in off the street to Amberley House and put him to the question?"</p>	<p>"Lord March es un <u>par del reino</u>. Heredero del condado de Amberley. ¿Se imagina ir directamente a la mansión Amberley House e interrogarlo?"</p>	<p>5. Universo social/ 1. Condiciones y hábitos sociales</p>	<p>Traducción literal</p>
<p>A <u>silver crown</u> proved enough to satisfy him</p>	<p><u>Cinco chelines</u> resultaron ser suficiente para satisfacerlo</p>	<p>6. Cultura material/ 7. Monedas, medidas</p>	<p>Descripción</p>
<p>Ambrose had introduced her to Lucia at the <u>supper party</u>.</p>	<p>Ambrose le había presentado a Lucia en la <u>cena al aire libre</u>.</p>	<p>6. Cultura material/ 4. Tiempo libre</p>	<p>Descripción</p>

the woman on the divan had attempted to recreate with <u>lead paint</u> and rouge.	la mujer del diván intentó recrear con rubor y <u>maquillaje de plomo</u> .	6. Cultura material/ 3. Cosmética	Transposición
The linens were white, <u>the stays were whalebone</u> ,	La ropa de cama era blanca, <u>los corsés estaban hechos de barba de ballena</u>	6. Cultura material/ 2. Indumentaria	Amplificación
'The men say I have a bold tongue, madam. I know how to serve <u>a drop of sauce</u> .'	"Los hombres dicen que tengo una lengua audaz, señora. Sé cómo hacer <u>que se corran rápido</u> ".	7. Aspectos lingüísticos culturales y humor/ 5. Juegos de palabras, refranes, frases hechas	Creación discursiva
'No.' Mrs Havilland's tone was sharp. <u>I don't want sauce</u> .'	"No", el tono de la Sra. Havilland fue cortante, " <u>No quiero que corran</u> ".		
<u>Gad</u> , what was he thinking?'	<u>Por Dios</u> , ¿en qué estaba pensando?"	7. Aspectos lingüísticos culturales y humor/ 3. Elementos culturales	Equivalente acuñado
' <u>Aye</u> , but that was before all the trouble.'	" <u>Si</u> , pero eso fue antes de todos los problemas".	7. Aspectos lingüísticos culturales y humor/ 4. Expresiones propias de determinados países	Equivalente acuñado
<u>In floods every time, but the clouds will part. Sad in the womb, happy in the world</u> , that's what I say	<u>Las inundaciones vendrán, pero las nubes se irán. Triste en el vientre, feliz en el ambiente</u> , eso es lo que digo	7. Aspectos lingüísticos culturales y humor/ 5. Juegos de palabras, refranes, frases hechas	Creación discursiva

8. Resultados y conclusiones

A continuación, se presentan los resultados obtenidos de manera general y desde el análisis del corpus y las conclusiones de manera individual. En primer lugar, se ilustra el recuento general de las categorías de los referentes culturales en los 12 capítulos. En segundo lugar, se presenta individualmente de manera gráfica los casos más predominantes, es decir, *Universo social* y *Cultura material*. Además, se reflexiona sobre los resultados en base a las características de la novela y a las decisiones de la autora de destacar ciertos aspectos culturales. En tercer lugar, se entrega una tabla de las áreas de categorías mostradas en el corpus y un gráfico con las técnicas de traducción utilizadas en estos ejemplos. Por último, se dan las reflexiones finales.

8.1 Aspectos generales



Figura 1. Categoría de los referentes culturales

En este gráfico se representa el total de casos de referentes culturales relevantes encontrados a lo largo de la traducción. Cabe mencionar que la cantidad de referentes culturales presentes en el texto es mucho mayor. Sin embargo, no son considerados en

este gráfico general por no estar relacionados con el objeto de estudio, que tiene que ver con la época, o porque muchos de ellos se repiten.

En los casos del gráfico se encontraron 7 casos de la categoría de *Ecología*, 9 de *Historia*, 19 de *Estructura social*, 10 de *Instituciones culturales*, 43 de *Universo social*, 47 de *Cultura material* y 14 de *Aspectos lingüísticos culturales y humor*, dando un total de 149 casos. Esto nos permite concluir lo siguiente:

1. Los casos predominantes están en las categorías de *Cultura material* y *Universo social* respectivamente; estos representan más del 50 % de todos los casos.
2. Por el contrario, las categorías de *Ecología*, *Historia* e *Instituciones culturales* son las que presentan menos casos.
3. En cuanto a las categorías de *Estructura social* y *Aspectos lingüísticos culturales y humor* presentan una cantidad mayor a los anteriormente mencionados (punto 2). Sin embargo, no sobrepasan los 20 casos.

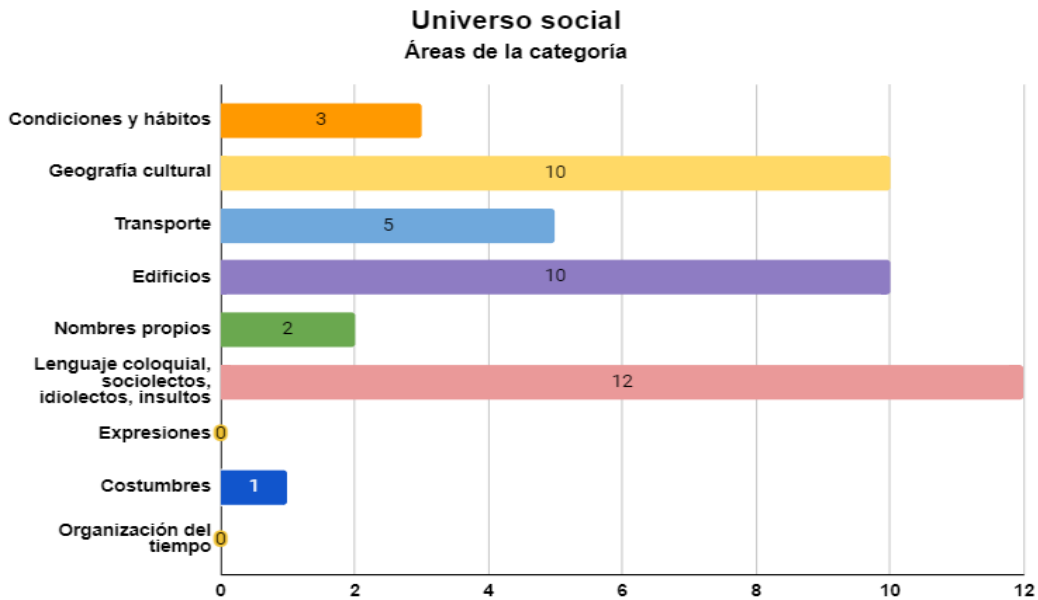


Figura 2. Áreas de la categoría Universo social

Con respecto a las áreas de la categoría *Universo social* se puede concluir lo siguiente:

1. El área que predomina es el de *Lenguaje coloquial, sociolectos, idiolectos, insultos* con 12 casos, le sigue la *Geografía cultural* y los *Edificios* con 10 casos cada uno.
2. Las áreas con menos casos son las *Condiciones y hábitos*, el *Transporte*, los *Nombres propios* y las *Costumbres*.
3. Las áreas de *Expresiones* y *Organización del tiempo* no presentan ningún caso dentro de la obra.

La predominancia de las áreas de *Lenguaje coloquial, geografía cultural y edificios* nos da una muestra de las características más relevantes de la historia de la novela como, por ejemplo, donde ocurre el relato, las características de los edificios, la forma en que hablan los personajes, etc.

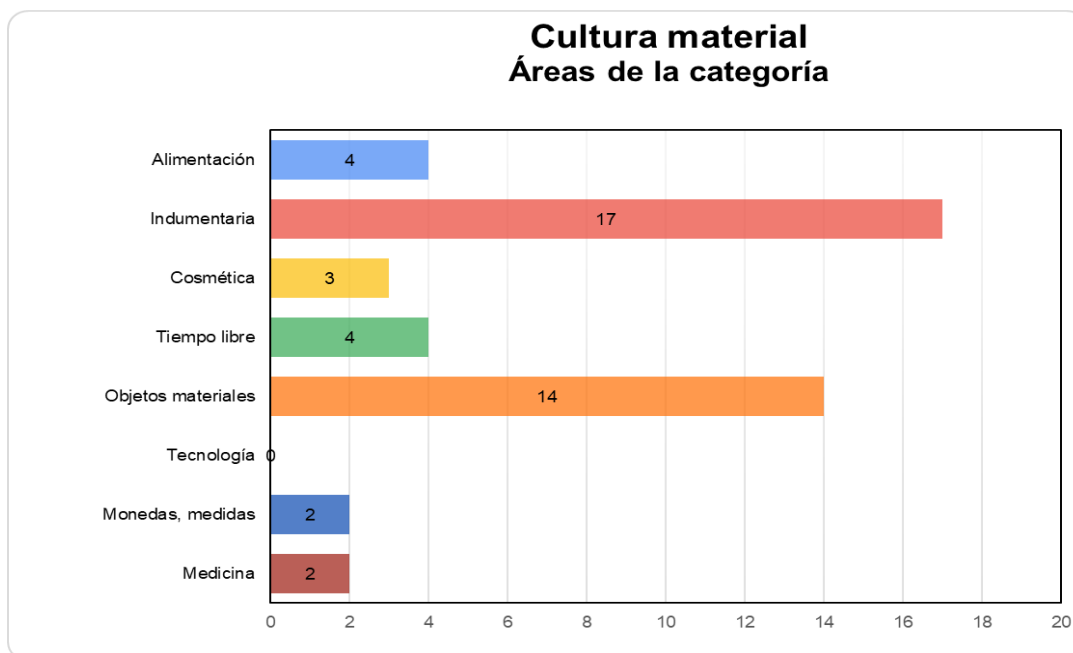


Figura 3. Áreas de la categoría Cultura material

Con respecto a las áreas de la categoría *Cultura material* se puede concluir lo siguiente:

1. Las áreas más predominantes son la *Indumentaria* y *Objetos materiales*, con 17 y 14 casos respectivamente.
2. Con respecto a las áreas de *Alimentación* y *Tiempo libre* cuentan con 4 casos cada una y el área de *Cosmética* cuenta con solo 3 casos.
3. Las áreas de *Monedas, Medidas* y *Medicina* cuentan con 2 casos cada uno, siendo los que menos casos presentan.
4. Con respecto al área de *Tecnología* no se presenta ningún caso.

Al ser una historia de época es muy importante que se reflejen aspectos como la vestimenta y los objetos, ya que muestran la manera en la que se vivía durante el siglo XVIII. Por ende, a partir de este gráfico se puede concluir que estos aspectos son los más relevantes.

La ausencia de casos en el área de *Tecnología* se debe a las características de la historia y la época. Ya que, si bien, existía tecnología rudimentaria, no se destaca ni se nombra en el texto analizado.

Por último, se puede concluir que, si bien, las áreas de *Alimentación*, *Cosmética*, etc. son representativas de una época, en la novela se prefirió hacer hincapié en los aspectos anteriormente mencionados.

8.2 Resultados del corpus

Debido a que los ejemplos han sido seleccionados no es posible determinar una tendencia en cuanto a las categorías. Sin embargo, es interesante visualizar las áreas que se presentan en cada uno de estos ejemplos. Es por esto que en la siguiente tabla se presenta las distintas áreas que se encuentran en las categorías del corpus.

Tabla 3. Áreas de las distintas categorías presentes en el corpus

Categorías	Número de ejemplos	Áreas
1. Ecología	1	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Ser humano
2. Historia	2	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Personalidades ▪ Edificios históricos
3. Estructura social	3	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Modelos sociales y figuras respetadas (2) ▪ Política (1)
4. Instituciones culturales	2	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Arte
5. Universo social	4	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Lenguaje coloquial ▪ Condiciones y hábitos sociales (2) ▪ Nombres propios (Alias)
6. Cultura material	4	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Monedas, medidas ▪ Tiempo libre ▪ Cosmética ▪ Indumentaria
7. Aspectos lingüísticos culturales y humor	4	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Juego de palabras, refranes, frases hechas (2) ▪ Expresiones propias de determinados países ▪ Elementos culturales

Por lo tanto, se puede concluir que el número de ejemplos por categoría está estrechamente relacionado con la cantidad de ejemplos de manera general, ya que, al tener mayor cantidad se tiene mayor variedad de áreas. Es por ello que la categoría de *Ecología* solo cuenta con un ejemplo por la escasez de estos y, por el contrario, las categorías de *Universo social*, *Cultura material* y *Aspectos lingüísticos culturales y humor* presentan más ejemplos y una mayor variedad en sus áreas. Con respecto a las categorías anteriormente nombradas podemos ver que dentro de los ejemplos relevantes se encuentran las áreas de *Lenguaje coloquial*, *Condiciones y hábitos sociales* como, por ejemplo, los grupos y los sistemas de parentesco. Además de otras áreas como *Monedas y medidas*, *Indumentarias*, *Tiempo libre*, *Juegos de palabras*, *Expresiones propias de países*, etc.

La categoría de *Historia* tiene las áreas de *Personalidades* y *Edificios históricos*. Es importante destacar que para esta categoría los ejemplos eran bastantes, sin embargo, no contaban con la relevancia suficiente para este estudio como los ejemplos seleccionados.

La categoría de *Estructura social* tiene 3 ejemplos, no obstante, se repite el área de *Modelos sociales y figuras respetadas* que tiene que ver con los oficios y las profesiones.

En la categoría de *Instituciones* los ejemplos más relevantes tienen relación con el *Arte*, específicamente la literatura.

Con respecto a las técnicas de traducción, fue posible hacer un análisis cuantitativo el que se presenta a continuación en la **Figura 4**.

Técnicas de traducción en los ejemplos del corpus

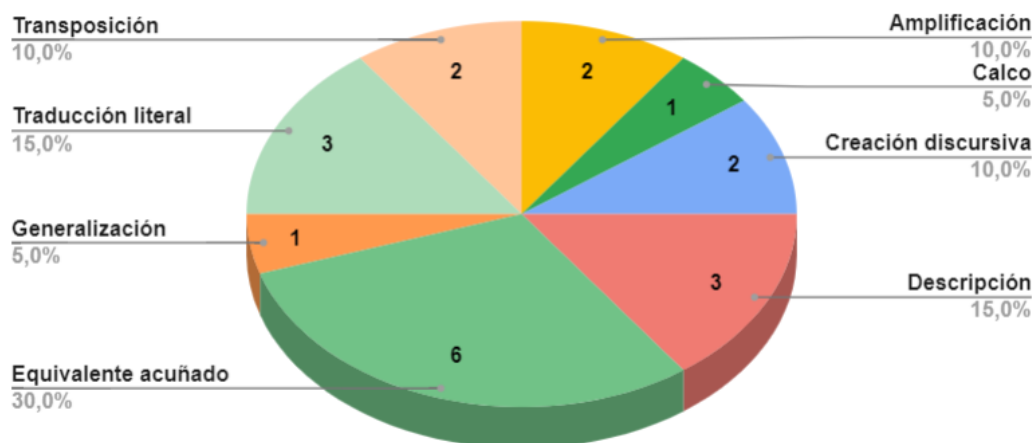


Figura 4. Técnicas de traducción en los ejemplos del corpus

En términos generales se puede observar que la técnica de traducción más utilizada en los ejemplos es la del *Equivalente acuñado* con un total de 6 ejemplos, le siguen la *Traducción literal* y la *Descripción* con 3 ejemplos cada una. La *Amplificación*, la *Creación discursiva* y la *Transposición* tienen 2 ejemplos, y la *Generalización* y el *Calco* solo cuentan con 1.

A continuación, se desglosará cada técnica utilizada:

- **Equivalente acuñado:** esta técnica se utilizó en nombres de personalidades, oficios, partidos políticos, nombres de libros y expresiones.
- **Traducción literal:** se aplicó en nombres de libros, grupos sociales y relaciones de parentesco.
- **Descripción:** se usó en lenguaje coloquial al traducir ciertos insultos; también se utilizó para monedas y actividades de tiempo libre.
- **Amplificación:** se empleó para ejemplos de edificios históricos y para indumentaria.
- **Creación discursiva:** se utilizó en los juegos de palabras.
- **Transposición:** se aplicó en descripciones físicas del ser humano y en cosmética.

- **Generalización:** se usó en los modelos sociales y figuras respetadas, específicamente en los policías.
- **Calco:** se utilizó en los nombres propios, específicamente los alias.

Para finalizar, es importante señalar que dentro de la propuesta de las técnicas de traducción de Amparo Hurtado Albir, en el corpus no se encontraron las técnicas de Adaptación, Amplificación lingüística, Compensación, Comprensión lingüística, Elisión, Modulación, Particularización, Préstamo, Sustitución y Variación. Sin embargo, esto no significa que no se hayan utilizado dentro de la traducción.

8.3 Reflexiones finales

Para concluir este trabajo de investigación es importante destacar la dificultad que presenta la traducción de los referentes culturales, específicamente cuando se relacionan con épocas pasadas. Sin embargo, las competencias del traductor literario junto a las técnicas de traducción son indispensables al momento de enfrentar este desafío.

También es importante reflexionar sobre el poco énfasis que se le da a la investigación que realiza un traductor para alcanzar una buena traducción, la que es una tarea ardua y muchas veces toma más tiempo que la traducción misma. Por ende, se invita a futuros estudiantes y académicos que quieran profundizar en este tema a utilizar la metodología de investigación aplicada en este trabajo para complementar sus investigaciones.

En cuanto a las técnicas de traducción para los referentes culturales se puede decir que son variadas y no existe un solo tipo para abordar estos elementos, salvo en casos especiales como los juegos de palabras.

9. Bibliografía

- Boas, F. (1964). *Cuestiones fundamentales de antropología cultural* (1º edición castellana ed.). Buenos Aires: Solar.
- Buendía, F. (1963). *Antología de la novela histórica española (1830-1844)*. Madrid: Aguilar.
- E. Landers, C. (2001). *Literary Translation: A Practical Guide: 22* (Multilingual Matters ed.). Clevedon : Multilingual Matters.
- Edward B, T. (1871). *Primitive Culture*. (M. Suárez, Trad.) Londres: Murray.
- Gil de Carrasco, A. (1999). *Práctica de la traducción literaria. Aproximaciones a la traducción*. Recuperado el 1 de diciembre de 2021, de Instituto Cervantes: <http://cvc.cervantes.es/lengua/aproximaciones/carrasco.htm>
- González Davies, M., & Scott-Tennent , C. (2005). A Problem-Solving and Student-Centred Approach to the Translation of Cultural References. *Meta: Translators' Journal*, 50(1), 166.
- Gonzalo García, C., & García Yebra, V. (2005). *Manual de documentación para la traducción literaria*. Madrid: Arco.
- Hurtado Albir, A. (2001). *Traducción y traductología: Introducción a la traductología*. Madrid: Cátedra.
- Igareda, P. (Enero-abril de 2011). Categorización temática del análisis cultural: una propuesta para la traducción. *íkala, revista de lenguaje y cultura*, 16(27).
- Molina Martínez, L. (2001). *Análisis descriptivo de la traducción de los culturemas árabe-español. Tesis doctoral*. Barcelona : Universidad Autónoma de Barcelona.
- Newmark, P. (1988). *A Textbook of Translation*. New York: Prentice Hall.
- Newmark, P. (2010). *Manual de traducción* (Sexta edición ed.). (V. Moya, Trad.) Madrid: Cátedra.
- Nida, E. (1945). Linguistics and Ethnology in Translation-Problems. *Word*, 196.
- Nida, E. A., & Taber, C. R. (1882). *The Theory and Practice of Translation*. Leiden: Brill.
- Real Academia Española. (s.f.). *Diccionario de la lengua española*. Recuperado el 25 de 11 de 2021, de RAE: <https://dle.rae.es>
- Salvador Miguel, N. (2001). La novela histórica desde la perspectiva del año 2000. *Dicenda. Estudios de lengua y literatura españolas*(19), 303-314. Obtenido de <https://revistas.ucm.es/index.php/DICE/article/view/DICE0101110303A>

Santamaria, L. (2001). *Función y traducción de los referentes culturales en traducción*.
Vigo: Servicio de Publicaciones, Universidade de Vigo.

Shepherd-Robinson, L. (2021). *Daughters of Night*. Mantle, London.

10. Bibliografía de consultas

<https://janeaustensworld.com/>

<https://lithub.com/>

<https://thisisversaillesmadame.blogspot.com/p/welcome-to-versailles.html>

<https://uaq.pitt.edu/>

<https://victorianweb.org/>

<https://www.historicalfancydress.com/>

<https://www.historyundressed.com/>

<https://www.regencyhistory.net/>

<https://www.theriaults.com>

<https://www.yorkshirepost.co.uk/heritage-and-retro/>